

A woman with dark hair, wearing a black face mask and a black top, is shown in profile from the chest up. She is looking out a window with white curtains. Her right hand is touching the white fabric of the curtain. The background is slightly blurred, showing a glimpse of the outdoors through the window.

*Veintisiete
escritores del Sur
de Jalisco*

una antología desde el
confinamiento

SILVIA QUEZADA

(Coordinadora)

Veintisiete
escritores del Sur de Jalisco
una antología desde el confinamiento

Veintisiete
escritores del Sur de Jalisco
una antología desde el confinamiento

SILVIA QUEZADA
(Coordinadora)



GUADALAJARA, MÉXICO, 2021

La presentación y disposición en conjunto de:

**Veintisiete escritores del Sur de Jalisco
una antología desde el confinamiento**

Es propiedad del autor.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida, mediante ningún sistema o método, electrónico o mecánico (INCLUYENDO EL FOTOCOPIADO, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información), sin consentimiento por escrito del autor.

Todos los derechos reservados a:

©**Silvia Quezada**

Guadalajara, México, 2021

Fotografías:

Bernardo de León, Selene López, Silvia Quezada, Sara Rangel.

1a Edición

ISBN: 978-84-18313-39-4

Impreso en México / Printed in Mexico.

Índice

Fernando G. Castolo. El milagro	13
Alfredo Cortés. Memorial de la ausencia	19
René De la Mora. El hombre de la tarde.	23
Epilef ed Susej. Mininos mínimos de mi morada	27
Teresa Gómez Cervantes. Crónica de una mentira	33
Sofía Gutiérrez Arias. Listones de seda	39
Octavio Hernández. Arde la pérdida.	45
Francisco Hernández López. Mi tía Romualda	49
J. Jesús Juárez Martín. ¡Salud maestro!.	55
Marcos Manuel Macías Macías. El olor del azufre.	61
Salvador Manzano. El libro blanco.	67
Pedro Mariscal. Decimario arreolino	71
Gilberto Moreno. Avatar, fetiche, arte.	75
Alejandro Moreno Merino. La noche del dragón	79
Mar Pérez. Hasta siempre	83
Antonio Ramírez Díaz. El Alcíhuatl.	87
Azucena Rodana. El lobo feroz	93
Hiram Ruvalcaba. Mosaico de un día sin pájaros	97
J.L. Salazar. Mentas obceadas.	103
Érika Sánchez Benavides. ...Y no nos dejes caer	107
Martín Adalberto Sánchez Huerta. De un adiós para Ramona	111
Lizeth Sevilla. Liberen a las aves	115
Ricardo Sigala. Mitologías 1.	119
J.A. Vázquez. La Siguanaba	123
Óscar Villalvazo Chávez. El reto	129
José Luis Vivar. Mario Puzzo y Frank Sinatra	135
Alejandro von Düben. Fenomenología de un cuerpo.	139

Veintisiete escritores del Sur de Jalisco. Una antología desde el confinamiento

Esta antología tiene como antecedente el trabajo realizado para el *Diccionario de Escritores en Jalisco* (2020), una recopilación bio-bibliográfica con 254 escritores radicados en el estado; ese documento científico siguió la tradición cuantitativa para explicar de modo objetivo el fenómeno social de la escritura en la entidad, desde un modelo matemático usó el tratamiento estadístico, dado que su principal propósito fue exponer un hecho social.

La investigación deriva ahora en una variante cualitativa, dado que las estadísticas permitieron distinguir a la región Sur de Jalisco como la zona geográfica del estado con el mayor número de escritores vivos luego de la Zona Metropolitana de Guadalajara: Veintisiete autores viven en la zona denominada Sur de Jalisco. Una oportunidad de esta naturaleza no podía pasar de largo para mostrar al lector una muestra representativa de qué se escribe en el siglo XXI desde el entorno sureño.

El objetivo central de este libro fue reunir al mayor número de escritores en el sur de Jalisco, sin importar su lugar de nacimiento, sino su residencia. La pregunta que tratamos de responder en esta antología es una sola: ¿Cuáles escritores producen su obra en la región llamada Sur de Jalisco en el siglo XXI? Los criterios de pertenencia a este libro son tres: vivir en el sur, haber publicado por lo menos un libro de creación literaria y/o contar con un premio literario.

Es pertinente decir que no contempla a quienes han escrito hasta ahora en medios impresos diversos al libro, ni a aquellos que han emigrado, puesto que se busca dar cuenta de un conjunto producido en la región. Es un hecho que doce de las plumas aquí antologadas son originarias de la zona, y quince han accedido desde otros estados o municipios jaliscienses, pero han producido su obra allí. Una vez hecho este razonamiento, es pertinente avanzar hacia otras especificidades.

De acuerdo con la página oficial del Gobierno de Jalisco, la Región Sur contempla a doce municipios: Gómez Farías, Jilotlán de los Dolores, Pihuamo, San Gabriel, Tamazula de Gordiano, Tecalitlán, Tolimán, Tonila, Tuxpan, Zapotiltic, Zapotitlán de Vadillo y Zapotlán el Grande (consultada

el 3 octubre 2020); el Instituto de Información Estadística y Geográfica (iieg.gob.mx) lo confirma, proporcionando el dato de que la regionalización se realizó mediante el acuerdo del 15 de octubre de 1998 y ofrece un mapa contundente con las doce divisiones geográficas (aunque para muchos, la región cultural comprende también a Amacueca, Atemajac de Brizuela, Atoyac, Sayula, Tapalpa, Techaluta de Montenegro, Teocuitatlán de Corona y Zacoalco de Torres. Si bien existen en estos lugares cronistas, ensayistas e historiadores, interesan aquí solo los autores del entorno ficcional.

El trabajo de compilación más reciente fue elaborado por Fernando G. Castolo, quien realizó una investigación relacionada con una de esas cabeceras municipales: *Cartulario. Muestra de letras zapotlenses*, una selección que reúne una muestra significativa de los literatos zapotlenses a partir de 1895 y hasta 2018, fecha de la publicación del volumen. Desde el primero de los poemas compartidos se observa una constante literaria, la de la producción versal con temática religiosa, muy practicada por los vates desde tiempos decimonónicos, hoy representada por Pedro Mariscal, artífice de talla única, quien ha vuelto a la décima un vehículo pleno de claridad y estilo ameno.

Otro de los tópicos frecuentes en la escritura del sur es la remembranza de tiempos idos, a modo de crónica o estampa, tal como José de Jesús Juárez escribe. Entre los renglones del maestro, quien vivió una larga etapa laboral en Zapotlán se vislumbra el didactismo puro, gracioso y lleno de enseñanzas vitales. Las palabras de Antonio Ramírez Díaz nacen también del oficio memorioso, de la experiencia convertida en literatura, puesta al servicio del lector observador que puede aprender en cabeza ajena.

Los escritores del sur de Jalisco practican la narrativa con asiduidad. El género les permite contar historias de su tierra, entre ellas, anécdotas en las cuales la primera persona es fundamental, hay relatos de carácter fabuloso, de seres extraordinarios que mueven a la imaginación desbordada (Alejandro Moreno Merino). El humor es un rasgo sobresaliente (Óscar Villalazo), acompañado de la picardía y la gracia de aquello que se cuenta con verdad. De los veintisiete autores que se integran a este conjunto, veintiuno decidieron presentar a la narrativa como su tarjeta de presentación. La poesía es menos frecuente pero bien escrita. Ahí está la voz de Alfredo Cortés, con su factura impecable, Octavio Hernández con su hondura versal y Martín Adalberto Sánchez Huerta, como muestra de íntegra presencia.

El hecho de que solo seis mujeres de un universo de veintisiete autores se hagan presentes en esta antología habla de una circunstancia: hay muchas más mujeres que escriben pero no publican. Al momento de cerrar esta antología se encuentra en este apartado a Virginia Arreola (1933), con quien no pudimos establecer un contacto directo debido a la pandemia de Covid 19, para solicitar su autorización y publicar una muestra de su trabajo.

Los temas procedentes de pluma femenina tocan temas sentimentales en torno a las relaciones familiares (Teresa Gómez Cervantes, Sofía Gutiérrez Arias, Mar Pérez, Azucena Rodana, Érika Sánchez Benavides,) aunque de muy diverso tono y con distinto enfoque. Llama la atención el tratamiento de los espacios externos y los de intramuros, pero sobre todo el hecho de que casi todos los personajes han sido vulnerados en su integridad. Lizeth Sevilla se decanta por la poesía de corte social y en símiles y metáforas nos muestra una voz testimonial de los problemas cotidianos que nos aquejan, haciendo énfasis en la condición de la mujer.

Las generaciones de escritores agrupados por décadas, a la manera de Ortega y Gasset, permiten distinguir a aquellos que se vierten por la escritura de tono autobiográfico, como sucede con los nacidos en los cuarenta; quienes se muestran interesados por los temas legendarios y biográficos de otros personajes (José Luis Vivar, René De la Mora) en los cincuenta; los que vuelven su mirada hacia la particularidad del ser y su filosofía vital (Francisco Hernández López, Salvador Manzano) en los sesenta; los temas y los formatos se diversifican en los creadores de los setenta: hay microficciones (Epilef), literatura negra (J.A. Vázquez), de corte regional (Fernando G. Castolo, Marcos Manuel Macías) y existencial (Gilberto Moreno).

Es pertinente mencionar que entre los autores más reconocidos se encuentran Hiram Ruvalcaba (1988), Ricardo Sigala (1969), Alejandro von Düben (1988), quienes han destacado en diversos ámbitos, bien como organizadores de la cultura, protagonistas de diversos foros, o como escritores multipremiados. Sus carreras han logrado la solidez y el registro de su presencia autoral. Son escritores que se encuentran en un buen momento creativo y de quienes esperamos aún mucho más.

Sin duda el Centro Universitario del Sur ha contribuido en la formación y despegue de la creación literaria desde las aulas de las carreras de Letras hispánicas y de Periodismo, con profesores de primer nivel en sus filas,

como lo demuestra la gran cantidad de actividades académicas de calidad que se llevan a cabo desde las instalaciones universitarias y sus sedes alternas, como la Casa del Arte, la Casa Taller Juan José Arreola y la Casa de la Cultura.

La solicitud de los textos que contiene esta antología se dio con la petición expresa de enviar de una a tres cuartillas de su autoría, de obra publicada o inédita, con el comentario de que mandarían aquel texto considerado por ellos mismos como una carta de presentación de su trabajo en conjunto, por lo que lo mostrado aquí ha visto su reproducción en otras páginas, salvo los textos inéditos de Francisco Hernández López, Mar Pérez, Hiram Ruvalcaba, Azucena Rodana, Érika Sánchez Benavides, Martín Adalberto Sánchez Huerta y Alejandro von Düben: gracias por la deferencia y la confianza.

Estas líneas cierran sus renglones con la grata evocación de la escritura de aquellos que mudaron sus residencias, artistas de la palabra a quienes hemos leído y reconocemos: Laura Hernández Muñoz (1947); Víctor Pazarán (1963); Hugo Salcedo (1964); Julio César Aguilar (1970); y Cristina Preciado (1973), a los cuales seguramente el terruño les ve aparecer en momentos intermitentes, siempre para ofrecer aportaciones.

Agradezco el apoyo brindado por el Dr. Luis Alberto Pérez Amezcua en el tramo final de la conformación de esta antología: veinte años de amistad respaldan el puente académico que nuestro interés mutuo por la literatura ha construido. Doy las gracias a mis amigos José Luis Barba Casillas, Martha Vidrio y Ana Claudia Zamudio, patrocinadores de la edición electrónica.

Silvia Quezada
Guadalajara 10 de octubre 2020

*Fernando
G. Castolo*




Fernando G. Castolo

Biografía. (Ciudad Guzmán, Jalisco, 1973). Arquitecto por la Universidad de Guadalajara. Ha sido Catedrático del Centro de Estudios Universitarios (UNIVER). Fue Jefe de Proyectos para la Secretaría de Desarrollo Urbano del Gobierno de Jalisco. Editor de más de un centenar de libros de autores de Jalisco y Colima. Pertenece a la Sociedad de Geografía y Estadística de Jalisco, a la Sociedad Colimense de Estudios Históricos y a la Asociación de Cronistas Municipales del Estado de Jalisco. Es jefe del Archivo Histórico de Zapotlán. Ha publicado una numerosa obra de investigación regional. Recibió la Presea Estatal Luis Pérez Verdía por su actividad como cronista jalisciense.

Género. Narrativa

Obra publicada. *En el último instante* (Vázquez Murguía Editores, 2010); *Leyendas y relatos de Zapotlán* (Archivo Histórico Municipal de Zapotlán el Grande, 2014).

El milagro

Fernando G. Castolo

A Miguel Ángel de la Cruz Gómez,
devoto de la Virgen de Talpa

Llevo varios días caminando y todos me dicen que ya mero llevo. En las noches me sueño postrado frente a ella, como si fuera un milagro. Tengo ampollados los pies y bastante rozada la entrepierna. Siento que las energías se me agotan y no sé si podré cumplir cabalmente con esta “manda”. Una pesadez muy grande me invade. Las piernas poco a poco me responden. Tengo la sensación de que en cualquier momento voy a desfallecer. Siento hambre y sed. Ahora me he detenido en la “Cruz de Romero”. Por allá, muy a lo lejos, ya alcanzo a divisar algo. En una especie de hoyanco está mi destino: Talpa.

Un par de torres, muy espigadas, sobresalen del caserío. Es la basílica de la virgencita. La bajada es muy pedregosa y bastante empinada. Es como si tuviera que pasar por este infierno para poder llegar al cielo, y ahí, frente a ella, volverme blanco, casi transparente, desmanchado de toda culpa mortal.

Vengo a verla porque hace un año perdí el ojo izquierdo cuando me cayó un polvorín. Eran las fiestas en mi pueblo y me gustaba ir a ver el castillo. Quedé tuerto y eso me frustra mucho por el asco y la burla que ello provoca entre las gentes. Mi madre, que es una santa, hizo la promesa de hacer esta “manda” para que me alivie de mi ojo. Yo la vengo acompañando, Durante el trayecto vamos rezando. Todos me dicen que ya mero llegamos, pero el santuario mariano sigue ahí, a la misma distancia.

No aguanto los dolores. El sol me quema las ropas y la piel. Los pies me empiezan a sangrar. Un mareo se apodera de mí. No puedo sostenerme. Después, nada... Despierto y ahí está mi madre, a mi lado, auxiliada de otros peregrinos. Creo que me siento mejor y sugiero que prosigamos nuestro caminar. Ya muy entrada la noche llegamos finalmente al pueblo. Lo primero que hacemos es dirigirnos, de rodillas, a la basílica de la Virgen de Talpa para agradecerle el habernos permitido concluir con bien la jornada.

Suplicantes oraciones y sollozos invaden aquel recinto impregnado de un concentrado olor a nardos y parafinas. En el altar mayor, en su hermoso

ciprés dorado, ahí está; me mira con sus ojos inmaculados. Siento un gran descanso en mi alma. Las lágrimas brotan irremediablemente y me escurren por el rostro cenizo y empolvado. Es como si algo que me oprimiera el pecho finalmente me ha dejado liberado. De repente, el cansancio ha desaparecido. Enseguida vamos a buscar algún mesón o vecindad para alojarnos. Los nueve días en Talpa son de total penitencia.

El último día, hay un bullicio imperioso, y las personas van y vienen del santuario en una interminable romería. Flores y veladoras invaden las pequeñas calles del poblado. Por la noche hay castillo en la plaza. Mi madre ha entrado por última vez a la basílica para terminar de rezar el novenario. Ella está muy segura que la virgen me hará el milagro. Muy cerca de mí pasa el torito cargado de pólvora. Cuando menos acuerdo me ha caído un enorme buscapiés en el ojo bueno. Me tuerzo y me retuerzo, lanzo fuertes alaridos de dolor. La gente me auxilia y muy pronto me llevan al médico, pero es demasiado tarde. He perdido el ojo... Al siguiente día, muy temprano, ya vamos de regreso a nuestro pueblo.

Es curioso, pero no siento tristeza alguna. Me conforta saber que la virgencita finalmente me ha hecho el milagro: ahora ya no soy tuerto y ya nadie se burlará de mí; ahora estoy ciego, y de los ciegos la gente no se burla, al contrario, les causamos cierta lástima.

(En *El último instante*, Vázquez Murguía Editores, 2010, pp. 11-16)

Rebocero

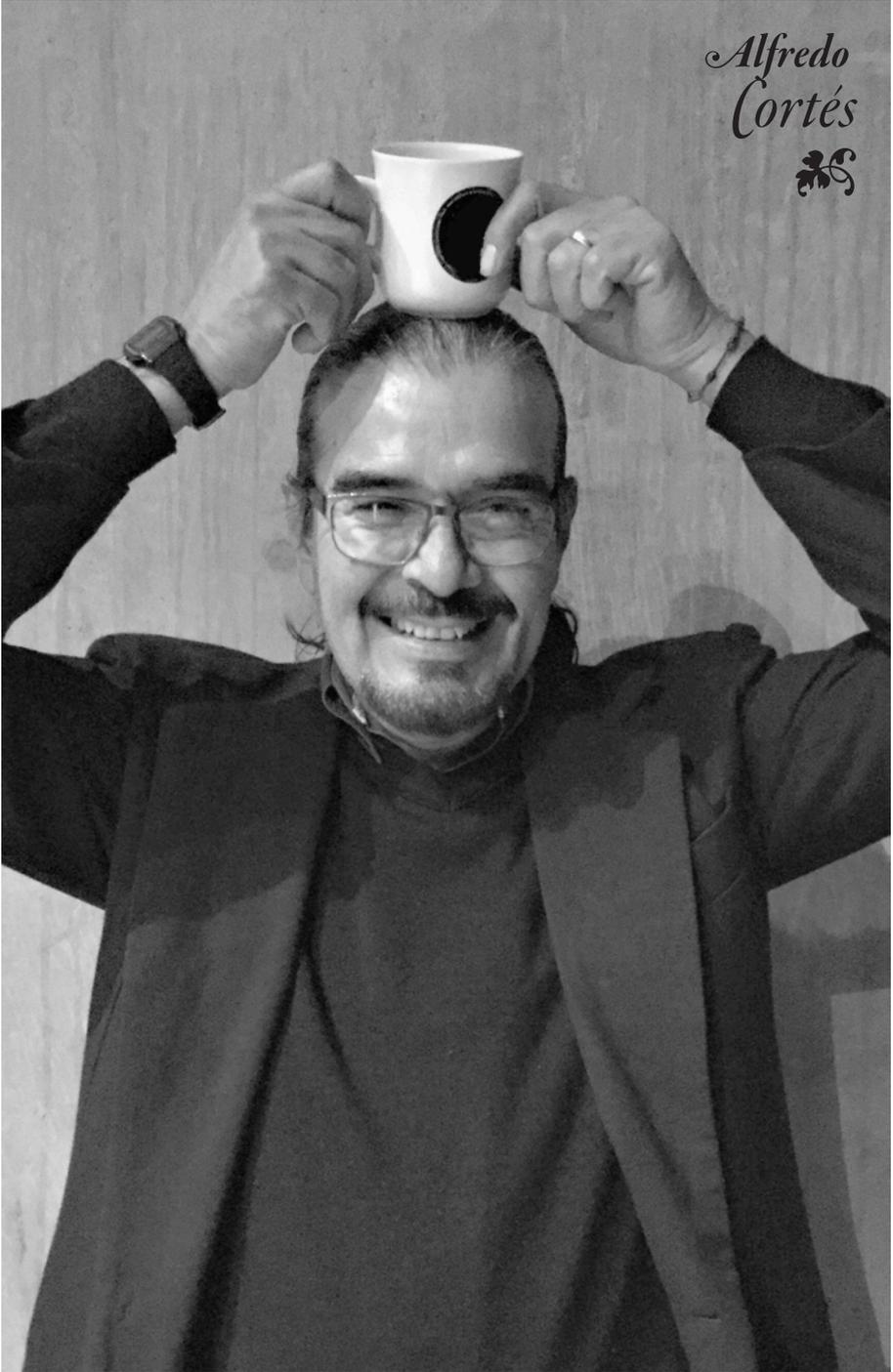
Fernando G. Castolo

A Miguel Ortiz Vázquez
Cronista de Tuxpan, Jalisco

“Hazme si puedes, si no, no me enredes”; parecía que repetía continuamente el telar, sufriendo los jaloneos de las torpes manos de Remigio. Petra, su mujer, llevaba varios días encamada. Las entregas que debían de hacer para el jueves, no podían retrasarse. El jueves es día grande, pensaba Remigio, es el del Corpus y la gente solicita en gran demanda los típicos rebozos deshilachados de Tuxpan, con los que las mujeres cubren sus cabezas para ingresar a la parroquia y ofrecer solemnes cantos ancestrales al cristo, llamado Señor del Perdón. Por más que Remigio se esmeraba en terminar una pieza no lograba los vistosos diseños de Petra. El telar parecía gritarle con más ansias: “no me hacen los hombres, nomás las mujeres”.

(En *el último instante*, Vázquez Murguía Editores, 2010, pp. 21-22)

*Alfredo
Cortés*



Alfredo Cortés

Biografía. (Ciudad Guzmán, Jalisco, 1965). Es docente de la Universidad de Guadalajara desde 1995. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco en las emisiones 1997 y 2001. Premio Nacional de Poesía en los XLIX Juegos Florales de Santiago Ixcuintla, Nayarit (2002). Los Juegos Florales de Zapotlán el Grande llevaron su nombre en 2006. Obtuvo el Primer lugar en el Concurso de Cuento La Jirafa (2009); ganador de los Juegos Florales Nacionales de Zapotlán el Grande (2009); Ganador del V Concurso Estatal de Cuento Murmullos en el Llano de San Gabriel (2011). Se encuentra antologado en: *Ayer volvió a ser mañana* (Secretaría de Cultura Jalisco 1996); *Leer a los amigos*, de Carmen Villoro (Letras de Jalisco 2015); *Cartulario: Muestra de Letras Zapotlenses*, de Fernando Castolo (Puertabierta Editores, 2018) y *La cristalina superficie del silencio. Muestra de los ganadores de los Juegos Florales de Zapotlán el Grande*, de Ricardo Sigala (Arlequín, 2018).

Género. Poesía y narrativa

Obra publicada. *Memorial en la ausencia* (UPN, 2002); *La hora del fuego* (Rara avis Editores, 2003); *El Castigador* (Ediciones El viaje, 2006); *De vez en cuento* (Ediciones El viaje, 2011); *Los colores del arcoíris* (STAUdG, 2015).

Memorial de la Ausencia

Alfredo Cortés

Olvidamos, qué fácil es olvidar.

¿Abrir la boca y escupir sobre la hoja blanca
las calamidades que azotan a la humanidad?
¿Cerrarla? Tragarse una por una el racimo de palabras hasta que la panza
se indigeste y se hinche como sapo.
Las palabras no son laxantes.

Parpadear los ojos en un aleteo

y tener a la vista un cuerpo desnudo;
un relámpago crepuscular hiere la retina del tigre,
no cierras los ojos, hay una noche,
un día atrapados en el vitral,
rebotan en el espejo que no tienes,
te devuelve la imagen de la aurora,
al tigre le han brotado alas,
ya es abeja cansina y zumba enloquecida
buscando libar la miel de tu ombligo;
abajo, anidado en tu pubis salvaje y terso,
olor fresco de almendra,
explota un mundo,
los arcanos predijeron la muerte de la abeja
y el tigre vuelve mansamente a su condición felina.

Parpadear los ojos en un aleteo

y las palabras crujen, gruñen como animal herido,
se confunden con la hojarasca que no alcanzó
a tragarse la tierra –la hojarasca y los huesos de mis muertos
son buen alimento para fecundar a Tonantzin–; las palabras
no fecundan memorias, las palabras enamoran quinceañeras
y enloquecen al poeta que piedra sobre piedra,
diente sobre diente desentierra
los misterios del tarot y hurga
en los asientos del café la razón de su existir
olvidando su condición de hombre,

prepara su Apocalipsis,
se olvida de San Juan y de las Sagradas Escrituras
–nadie se muere antes de tiempo, dijo el brujo,
nadie perece antes que el gallo cante tres veces,
todo es paciencia–, hoy la muerte sale de su escondrijo
y se pone una máscara –el fuego débil,
la parturienta que gime, los frutos del árbol de la vida,
una muchacha recargada en la pared, las palabras de amor
que suenan a blasfemia en oídos del demonio–,
[busca tus ojos,
se anida en tus huesos, bebe tu sangre, convierte en manantial de agua supurante
tus pulmones; la muerte, la muerte redime las palabras, oficia misterios en su nombre,
enaltece al poeta, lleva una vela en las manos y te atrae
como mariposa, maravillada por el efímero resplandor,
achicharra tus alas,
quema tu cuerpo, te habla de amor
y te lanza al vacío, eso es la muerte: el amor,
la muerte es amor y el poeta lo sabe, lo intuye,
atesora el amor en una libreta plagada de nombres,
de ausencias; la muerte es amor,
es ausencia
y el poeta lo sabe....

(Fragmento I de la sección Memorial de la Ausencia,
del poemario del homónimo, ganador de los Juegos Florales Nacionales
de Santiago Ixcuintla, Nayarit en el año 2002).

*René
De la Mora*



René De la Mora

Biografía. (Tecalitlán, Jalisco, 1950). Es Ingeniero en Comunicaciones y Electrónica por la Universidad de Guadalajara. Fue subdirector y columnista del Semanario *Ecos del Valle* y Director de la *Gaceta Municipal* del H. Ayuntamiento de Ciudad Guzmán, donde publicó *Biografía de don Miguel José Pérez Ponce, fundador de Tecalitlán* (2010). En 2013 le fue entregada la Presea “Prof. Wenceslao de la Mora Torres”, otorgada por el Ayuntamiento de Tecalitlán.

Género. Narrativa

Obra publicada. *Por culpa de las ánimas* (Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, 2006); *Arcadiogenia* (Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, 2013).

El hombre de la tarde

René De la Mora

De cara al mar, sentado sobre un promontorio rocoso, un hombre fuma su pipa labrada en hueso. El olor a maple del tabaco es dispersado por el viento, mientras que las olas chocan en la base del macizo, atrás del cual las quietas aguas de un estero se extienden contrastantes. En la playa, entre viejas tablas vestigios de alguna antigua canoa, un solitario pelícano dormita sobre la arena, ajeno al bullicio de las gaviotas que vuelan haciendo mil cabriolas, en su búsqueda de peces.

El hombre, de edad madura, pelo cano, tez morena y curtida, fue marinerero según lo evidenciaban su figura toda y, en especial, su forma de caminar. Una tarde, varias semanas antes, su estampa señera llamó la atención en el muelle: recorrió el puerto de arriba a abajo, curioseando los barcos trasatlánticos ahí anclados. Luego, subió al promontorio, encendió su pipa y en él permaneció hasta el oscurecer. Desde entonces, todos los días repetía el ritual. En ocasiones bajaba más temprano, para asistir con manifiesto interés al descenso de los pasajeros y de la tripulación de algún barco procedente de América, después de lo cual se alejaba calles arriba.

Para los oficiales del puerto, para los estibadores, para los operarios de grúas y montacargas, el hombre se convirtió en presencia entrañable. Verlo sentado sobre el macizo rocoso, fumando su tabaco favorito, era señal de buen agüero para la gente de mar. Captada por fotógrafos, motivo de pinturas, su imagen recorrió los más diversos lugares y bastaba incluso para identificar a aquel puerto europeo, convirtiéndose en su símbolo.

Él, indiferente a todo ello, solía acudir puntual, tarde tras tarde, a su lugar predilecto. Desde ahí escudriñaba el horizonte, esperanzado en ver la nave que le traería de regreso a su único hijo, quien años atrás se había embarcado hacia Sao Paulo, Brasil.

Hombre de presentimientos, confiaba en que se volverían a reunir. Por la mar se fue, por la mar retornaría... Y él estaría en el puerto cuando tal regreso...

Así transcurrieron varios meses, hasta que una tarde el hombre no apareció. Entre el ajetreo ocasionado por el arribo de diversos barcos, su au-

sencia sólo fue notada por unos cuantos, quienes, inmersos en el tráfico portuario, pronto se olvidaron de ella.

En esa fecha, bolsa al hombro, un marino joven descendió del navío procedente de América. Revisó el muelle y luego dirigió su vista hacia el promontorio donde, en su niñez, pasó las tardes junto con su padre, cuando éste regresaba de allende el mar, para descansar entre viaje y viaje. Ahí esperaba verlo ahora. Y, sin embargo, él no estaba... Oyó sonar la sirena de un barco que zarpaba y lo miró brevemente. Luego, encendió su pipa labrada en hueso y emprendió el camino calles arriba.

Por la cubierta de la nave que partía rumbo al continente americano, el olor a maple emanado del tabaco que fumaba un hombre de edad madura, se fue extendiendo, llevado por el viento...

(En *El hombre de la tarde*, edición de autor, 1996, pp. 45-46).

*Epilef
ed. Susej*
☺



Epilef ed Susej

Biografía. (Felipe de Jesús Alatorre Sandoval, Guadalajara, 1972). Autodidacta. Es autor de *Los extractos perdidos de Arreola. Minificciones* (2018).

Género. Narrativa

Obra publicada. *Los 200 mininos mínimos de mi morada* (Editorial Bis Con Verso, 2019); *Habitación 45. Poesía afrodisiaca* (LeArte, 2020); *No mires detrás de ti* (Ediciones El viaje, 2020).

Mininos mínimos de mi morada

Epilef ed Susej

MIAU

Fue tanta su obsesión por los gatos de aquel escritor, no dejaba de escribir ...miau, miau, miau, miau.

PROHIBIDO

Que los gatos no entren aquí, rasguñan mi imaginación.

INCONFORMES

Los mininos deseaban algo más que ser gatos, desaparecieron de la tierra.

RESPUESTA

¿Qué tanto sabes de gatos ?. Él contesta... miau, miau, miau,

DON GATO

Él había contado su propia historia por última vez, y juró nunca narrar fábulas como hacen los humanos. Entonces inició maullando.

EXTRAÑADO

¿Qué tanto murmuraban los gatos, que ni siquiera se asustaban de mi presencia fantasmal?

ORTOGRAFÍA

Todos creyeron que los gatos, giraban alrededor de un punto y coma.

HAMBRIENTO

El gato escupió una bola de verso, cuando se devoró a grandes metáforas una poesía.

IMPACIENTE

Intranquila era la espera del gato, porque la presa no salía de su propia imaginación.

AVISO

Los gatos de nuevo se esconden en mi fantasía, mientras esperan ser adoptados por quién lea esto.

ABUNDANCIA

Eran los gatos más acaudalados del barrio, poseían mucha imaginación para cazar.

MISTERIO

Los gatos permanecen todo el tiempo en un espacio, donde jamás se imaginaría el ser humano.

EXTERMINIO

Se miraron uno al otro, sabían que su especie se exterminaría cuando los llamaran SOTAG en el futuro.

EL REGRESO

Volver de nuevo al mismo sitio, no es tan sencillo y menos como un gato.

PERMUTAR

Sentenciaron volver. Pasaron los años y regresaron convertidos en gatos.

ÚNICOS

Los gatos eran lo que restaba en el apocalipsis de la tierra, y lo demás era otra historia.

ÉXODO

Fuimos todos los gatos expulsados de la conciencia humana, hasta que llegaron aquí...contigo.

DEPREDADOR

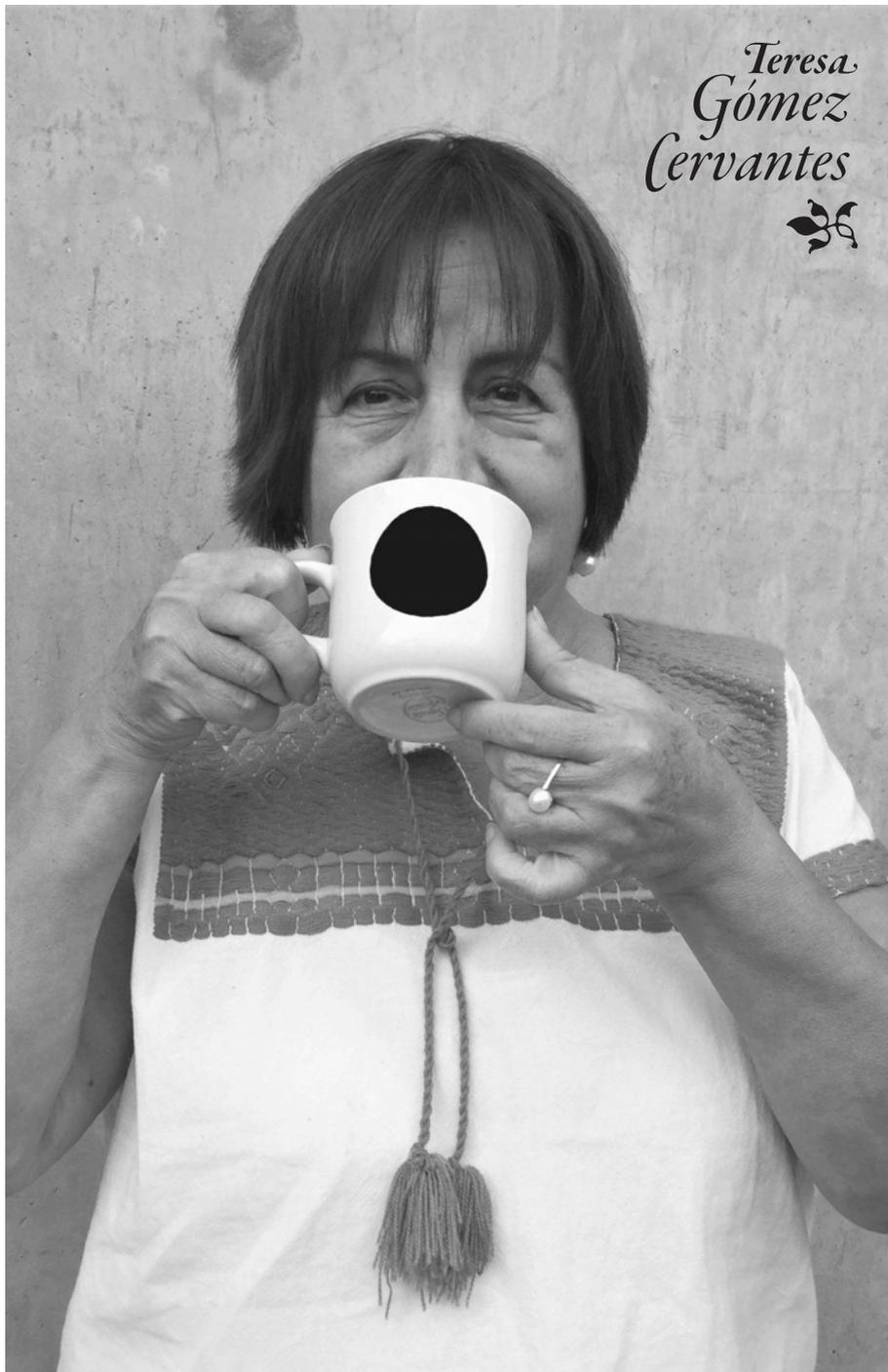
Si yo no fuera un gato, no estaría aquí, tratando de cazar tu atención.

PRESENTIMIENTO

Los gatos conocen el sufrimiento de sus presas al triturar los huesos, pero desconocen cómo la muerte se lleva el último suspiro.

(En 200 mínimos mínimos de mi morada Bis Con Verso, 2029, passim)

*Teresa
Gómez
Cervantes*



Teresa Gómez Cervantes

Biografía. (El Teúl de González Ortega, Zacatecas, 1949), es profesora egresada del Centro Normal Regional de Cd. Guzmán, Jalisco, con Maestría en Educación y Procesos Cognitivos por el ITESO. Cursó el diplomado en Literatura Hispanoamericana del siglo XX, del Centro Universitario del Sur, UdeG y diplomado en Literatura de la Revolución, en Casa Arreola. Es profesora titular C de tiempo completo en la Unidad UPN 144. Ha publicado: “La regla” (2000-2007) tríptico de género.

Género. Narrativa

Obra publicada. *Las Palomas* (UPN, 2002); *La Humedad y el Polvo* (SNTE, 2016); *Insomnios* (SNTE, 2016); *En la Humedad del sueño* (SNTE, 2017).

Crónica de una mentira

Teresa Gómez Cervantes

Nos conocimos un día soleado de mayo, para que suene bien, diré que por azares del destino. Hablamos de trabajo, de dinero, de política y de todo porque teníamos que hacer antesala: es simpático, pero descubrí que no tenemos nada en común.

Tres semanas después, un sábado, nos volvimos a encontrar; me pareció curioso verlo en short y con camiseta, qué diferente al hombre de corbata y camisa impecable. Hasta la barba le sombreaba el rostro. Yo no iba mejor vestida, igual nos dijimos un cumplido. Cortesía o mentira nos hizo sonreír.

No recuerdo quién invitó, lo cierto es que tomamos café, platicamos de todo, pero de nuevo pensé: no tenemos nada en común.

Como una mentira lleva a otra, cuando me preguntaron ¿quién es? Respondí: es un conocido casual; pero ya tenía su tarjeta, quedamos de llamarnos algún día. Esa es una mentira social, prometemos llamar y luego se nos viene encima la cotidianidad.

En junio hacía un calor del demonio, en el trabajo había montañas de documentos para analizar, recibí una llamada, era él. La conversación fue breve, me invitó a tomar una cerveza, un refresco o algún aperitivo. Mentí: no tomo.

Acepté la cita, durante un buen rato me hice de la boca chiquita, la plática se hizo más interesante. ¡Cuántas cosas tenemos en común! Hasta tomamos del mismo vaso.

Luego seguimos en persona, por celular y por la red. ¡Uf! Todavía me acaloro al recordar esas sesiones. Las cosas fueron tomando su curso, alguna vez entre caricias y copas le regalé una preciosa mentira, no lo afirmé, le hice creer que era virgen. Él puso en el tapete su origen distinguido, la trayectoria y sus grandes expectativas profesionales, todo con su debido incremento. Mentirillas para sazonar la relación.

En diciembre nos comprometimos. Todos los conocidos se asombraron, por cortesía dijeron: ¡qué bonita pareja! Mintieron las envidiosas que no lograron llamar su atención y los despechados, pretendientes y varios ex que pensaban en mis quincenas y mintieron diciendo: “me gustas”, “te

quiero”, “regresa”, toda clase de trampas verbales para asegurarse casa, vestido y sustento.

Dos meses parecen insuficientes para organizar una boda, pero se hizo.

En febrero ante un gentío, prometimos “querernos y respetarnos hasta que la muerte nos separe”. Una mentira muy bonita, sacó sonrisas, lágrimas y muchos abrazos.

Fuimos *intensamente* felices. Tuvimos juntas, horas extra de trabajo, congresos y seminarios que justificaron tardanzas, ausencias, viajes, gastos y llamadas a deshora de números telefónicos extraños. También accidentes con la puerta del closet, rasguños de la mascota, dolores de cabeza y algunas huellas de cansancio. Aparecíamos siempre sonrientes, felices y enamorados a pesar del ojo morado, la sutura sobre el labio, la venda o la muleta.

Nunca quise tener un hijo, para qué complicarme más la vida. Eso también es mentira, me encantaría ser madre. Ni yo me lo creo.

Tres años después, en abril pasado, iniciamos trámites de divorcio. Diferencias irreconciliables, de común acuerdo.

Esta mentira fue el colmo, no estamos de acuerdo, es más creo que nunca lo estuvimos. Lo cierto es que tenemos algo en común: nos hartamos de mentir.

(En *Cazadores*, edición de autor, 2019, s/p.)

Querido inolvidable:

Teresa Gómez Cervantes

En los últimos días del año estuve revisando algunos papeles y no lo creerás, aún conservo tu carta, aquella que bautizaste como *Breve despedida*, cómo me reí. Nunca había pensado que me hicieran un retrato hablado, me describes como una mujer demasiado ¡intensa, apasionada y sumisa!

Luego agregas que sientes pena dejarme porque no te podré olvidar, te preocupa cómo resolveré mi vida sentimental, según tus afirmaciones eres un amante inolvidable. Esperaba más de ti, quizá un poco más de acción, resultaste ingenuo y moralista.

Fue divertido andar contigo, apenas nos conocimos y se encendió la mecha, todo parecía ir bien, tal vez tuviste miedo de comprometerte, nada más alejado de mis planes. En fin no había pensado en ti desde hace un largo tiempo, pero tengo entre los archivos de mi laptop una copia de la contestación que te envié. ¿La leíste?

Ahora empiezan las largas filas para pagar impuestos, así nos conocimos, siempre funcionó formar cola en las dependencias y las antecámaras de los despachos y clínicas, llevaba incompleto el expediente o ni siquiera me interesaba entrar, pero conocí mucha gente, amigos y amores sobraban; sin embargo han cambiado las reglas del juego.

Cosa increíble, los abuelos van a hacer los pagos, sus conversaciones se vuelven una sarta de lamentos acerca de la salud, la política y la juventud tan perdida; me aburren, no busco sabiduría, tampoco puedo remediar sus males. ¡Imagínate qué horror, tendría que acompañarlos al médico, al laboratorio y ayudarles a tramitar sus bonos asistenciales! No soy enfermera ni trabajadora social, tampoco sexual.

Cómo extraño a los ejecutivos perfumados, con las camisas almidonadas y mirada seductora, esos eran mis preferidos, tuve éxito con varios, no diré sus nombres, nunca he sido indiscreta, lo mejor es que nos divertimos sin compromiso alguno. La tecnología ha perjudicado mi estilo de vida, ellos ya no forman filas porque resuelven por internet o por teléfono sus asuntos. Iniciar amistades en línea no me atrae tanto como verlos en persona, no basta su imagen, cuenta mucho su actitud, el tono de su voz y la calidez de sus manos.

Tendré que inscribirme al gimnasio, madrugar a correr, o como dice una asistente educativa explorar el terreno a la hora de entrada del preescolar, otras dicen que en supermercado se ven buenos ejemplares.

Sigo siendo la misma mujer que describes, vaya sí que me recuerdas, cuando leí esa parte de tu misiva, ¡me gusté tanto! ¿Te habrás confundido de santa? Tantos milagros me colgaste que te lo agradezco y trataré de parecerme más a ese retrato.

(En *La humedad del sueño*, Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, 2017, pp.71 y 72)

*Sofia
Gutiérrez Arias*



Gutiérrez Arias, Sofía

Biografía. (Ciudad. Guzmán, 1957). Obtuvo el Primer lugar en el Concurso de cuento Máximo Rivera Ríos de Ciudad Guzmán (1994) del Grupo Cultural Arquitrabe. Ha sido antologada en: *Confabulados* (Editorial Orbis Press, 2009) y en *Síntesis ambiental y cultural de la laguna de Zapotlán* (Editorial CEA, 2011). Recibió el reconocimiento Tzapotlatena a Mujeres Sobresalientes en el Arte (2014).

Género: Narrativa

Obra publicada: *Ayer volvió a ser mañana* (cuentos, Secretaría de Cultura Jalisco 1996); *Relatos de Zapotlán*, (Editorial El Juglar, 2009, tres ediciones con distinta casa editorial).

Listones de seda

Sofía Gutiérrez Arias

Atardecía, la niebla cubría en su totalidad las calles húmedas de la ciudad, el viento frío que partía la piel provenía de las cercanas montañas nevadas y pausadamente se apoderó de la noche. Los mineros regresaban a su casa con el cansancio en la espalda, agotados de cavar el corazón de la tierra. Sus mujeres vestidas con ropaje de hastío los recibían con una sonrisa apenas dibujada en su rostro austero; desprovistas de ilusiones por el hastío cotidiano de una vida que no les auguraba ninguna satisfacción. Sólo saciaban los estómagos de sus hombres para satisfacerlos recibiendo a cambio insensibles y toscas caricias obligadas; cual si tocaran sus herramientas de trabajo. Así pasaba la vida lenta y sin sobresaltos en esos hogares de mujeres resignadas a la vida rutinaria que sus maridos les ofrecían después de años de matrimonio. Las conversaciones mustias pocas veces se convertían en diálogos y en ocasiones apenas cruzaban palabra. Todas las noches se iban a la cama con la única ilusión que les quedaba: despertarse para seguir con su existencia.

Como era costumbre, los domingos acudían a la iglesia y siempre eran unos cuantos los que hacían fila para confesarse. Entre ellos estaba Miroslava; una distinguida y hermosa dama que a decir de las murmuraciones de las catequistas, su tardanza en el confesionario se debía a los muchos pecados que tenía que confesar. Al salir del templo, por lo general, la gente se reunía a socializar y como de costumbre eran las mismas caras, los mismos saludos de cortesía hipócrita y bien estudiada que se prodigaban unos a otros.

Las mujeres hacían círculos para chismorrear, disimulando veían de reojo pasar a Miroslava; la cual, airosa con ostentoso vestido de fino encaje de Bruselas caminaba altiva y elegante, dejando atrás las miradas de envidia e indignación que le lanzaban las persignadas y recatadas esposas. Abanicando su resignada fidelidad, presurosas tomaban a sus maridos del brazo para reafirmar el derecho de propiedad. Denotando la inseguridad que se apoderaba de ellas en cuanto veían pasar a aquella distinguida y bella mujer. Mientras sus pudientes esposos la desvestían con la mirada, deseando encontrarse solos en ese momento para seguirla, pero su marginada

reputación de seguro quedaría en entredicho. Evitaban evidenciarse ante los demás caballeros y damas de la más alta alcurnia que se encontraban presentes.

Según los rumores que corrían por la ciudad, esa inquietante mujer tenía a todos los hombres embrujados, y por supuesto, todos ellos se vanagloriaban de conocerla; además, de saber de sus artes de amar. Todos esos caballeros presumiendo se platicaban entre ellos como despistaban a sus incautas mujeres para poder verla sin que ellas, y todos los demás los descubrieran. De esta manera, escondían la impotencia que sentían al saber que ninguno de ellos había existido ni en el pensamiento de tan excelente mujer. Los comentarios eran constantes sobre su reputación; todo por el motivo de que ella vivía sola en una lujosa casa fuera de la ciudad.

Siendo hija única fue la única heredera de la cuantiosa fortuna de su padre. Él era un hombre autoritario que le tenía un amor desmedido a su encantadora hija. Nunca permitió que ella se casara; le parecía que ninguno cubría los requisitos necesarios para pretender acercársele con fines matrimoniales. Después de la muerte de su padre, aún siendo joven y extraordinariamente hermosa fue asediada por los mejores partidos de la región. Inexplicablemente, Miroslava siempre conservó su soltería disfrutando de una vida ostentosa. Gastaba la fortuna de su padre en joyas, viajes y lujosos vestidos que eran su fascinación.

Cotidianamente entrada la noche, frente al pórtico de su casa un lujoso carruaje se detenía y de él bajaba un hombre vestido con elegancia de sombrero de copa alta. Misteriosamente entraba a su casa; la fiel nana de tantos años lo recibía cortésmente ofreciéndole una copa de *Cabernet Merlot*, su vino tinto preferido. Minutos después, Miroslava hacía acto de presencia bajando por las escalinatas de mármol. Aquella seductora mujer parecía una diosa de nácar con una figura armoniosa, un caminar cadencioso que en segundos encendía la sangre del visitante.

Después de tomarse las copas suficientes para seducir y entorpecer los sentidos caminaban a la enorme recámara. Una cama de latón con dosel de fino organdí los esperaba. Cuando sus miradas se encontraban frente a frente, ella se desnudaba totalmente y separaba ligeramente sus piernas en pleno desafío erótico. Él besaba su cuello apasionadamente descendiendo poco a poco hasta quedar arrodillado ante su vientre. Cautivos de tal pa-

sión, acto seguido lo desnudaba, y juntos se abandonaban a merced de los sensuales juegos que Miroslava dominaba a la perfección. Una vez esclavos de aquella placentera locura, se dejaba llevar al compás de la excitación enardecida que esos encuentros le provocaban.

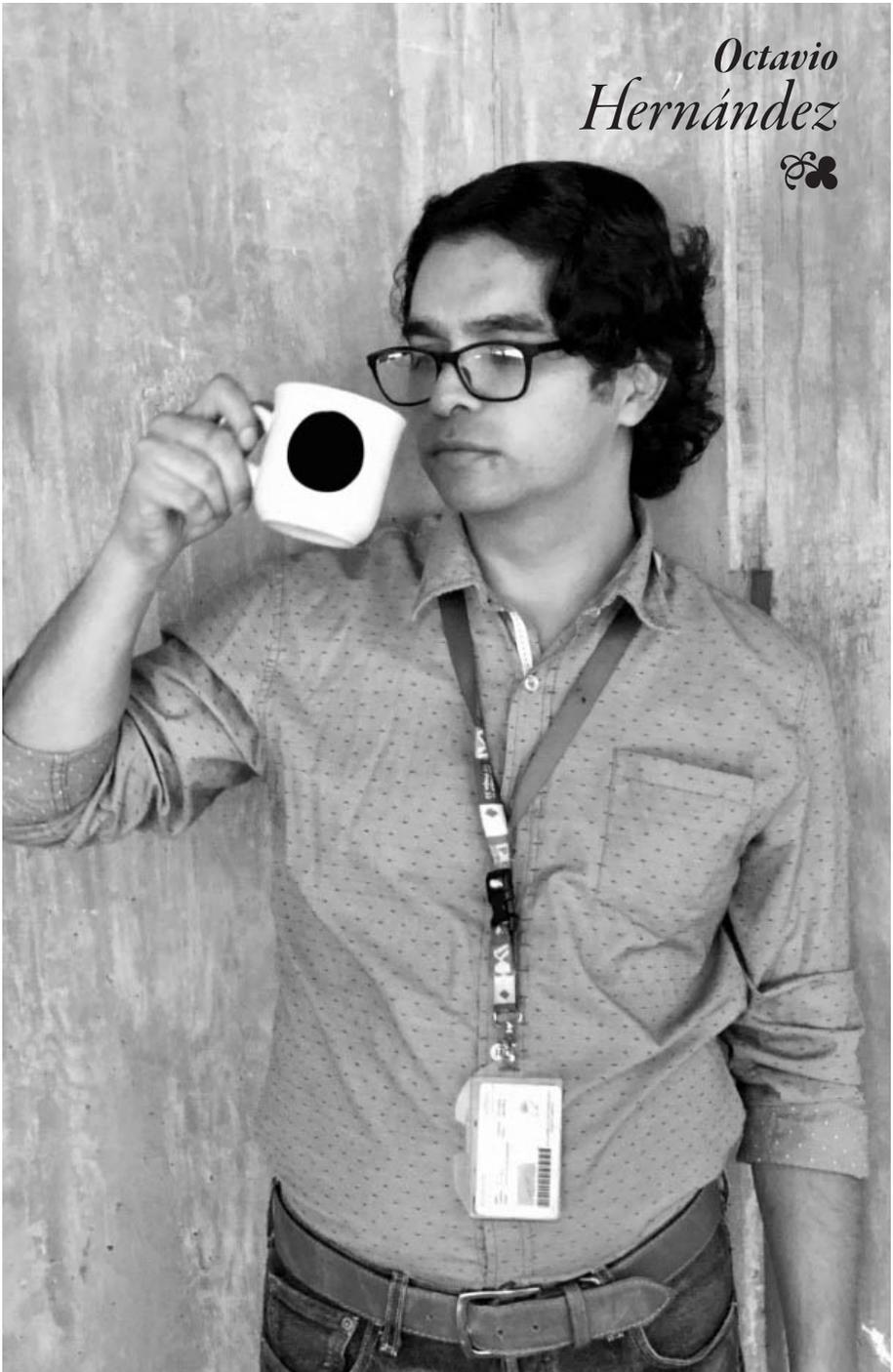
La hermosa mujer lo ataba de pies y manos de los barrotes dorados de la cama, lo besaba ardientemente de pies a cabeza recorriendo con su lengua húmeda y tibia cada parte de su hombría. Mientras, el varón se retorció encendido gimiendo y suplicando ser liberado; deseaba con locura dominar a la ardiente mujer que se deslizaba en su cuerpo cual fina seda. Pero ella seguía jugando, sintiendo el gran placer que le causaba verlo a punto de la locura por poseerla.

Una vez completamente excitado, Miroslava acariciaba todo su cuerpo lentamente con suaves plumas erizando la piel de su amante; aumentando su gozo y desesperación. Después, frenéticamente lo azotaba con un látigo de listones de seda empapados de perfume de almizcle y maderas finas. Lograba con esto que su compañero enloqueciera seducido de placer e impaciente pidiera a gritos ser liberado. Cuando ella obtenía su total éxtasis, al cual llegaba a través de sus eróticos juegos; liberaba al caballero permitiéndole que le hiciera el amor como bestia enfurecida por la acumulación de la libido; llegando ella de nuevo al punto máximo del clímax.

Por la madrugada, el padre Constantino, párroco de la iglesia Luterana salía de su casa ocultándose entre la bruma como sombra que se mina entre las escuetas callejuelas de la ciudad. Miroslava lo veía partir, e irónicamente reía satisfecha de su venganza disfrazada de amor apasionado. A su mente regresaban los recónditos recuerdos que la llevaban a un episodio doloroso de su niñez, dónde fue víctima de la violencia que su padre le prodigaba.

(En *Confabulados. Antología*, Orbi Press, 2009, pp. 70-72.)

*Octavio
Hernández*



Octavio Hernández

Biografía. (Zapopan, 1983). Licenciado en Letras hispánicas y Maestro en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara, doctorante del Doctorado en humanidades. En 2010 obtuvo el primer lugar en el segundo concurso de cuento nacional “La jirafa; cultura de cuello largo” en Zapotlán Jalisco; Antologado en *Los confabulados* (2009), en *Cuento zapotlense contemporáneo* (UdG 2012); la antología poética *La cristalina superficie del silencio*; en *Di lo que quieres decir* (Puerto Rico 2020) y *En nuestra habitación* (Colombia 2020).

Género: Poesía

Obra publicada: *La memoria de lo indecible* (Ápeiron Ediciones, 2020).

Arde la pérdida

Octavio Hernández

*A ti que en tus ojos definitivamente oblicuos,
vi arder mi cuerpo ya herido por el frío.*

Puse mis manos en un rostro y las retiré heridas por el amor.

Ahora,

el olvido acaricia mis manos.

Antonio Gamoneda

Sucedía la noche como sucede la lluvia.

Creí mirar a través de la ventana un oscuro desplazamiento de lo que yo creía era el agua y ciertas formas recurrentes parecidas a tu imagen.

Me equivocaba. Los actos que transcurriste, ahora sé; no son más que las heridas decisivas sobre mi cuerpo.

Hundido en la luz me reconozco y me confundo en el torrente del agua que me desnuda.

Hubiera sido preferible permanecer en cautiverio.

En silencio, sobre las huellas muertas de la noche.

Pero mis ojos abiertos comprueban la oscuridad,
como un indicio de tus aproximaciones a otros encantos como un licor de sabor más inteligente.

Olvidé por un momento las causas nocturnas,
la lluvia, tu nombre.

Olvidé respirar esa última luz del relámpago,
la última imagen intacta de tu cuerpo entregada ahora a otras voces
que oscurecen los cisnes que llevas en los labios.

Ahora queda una oquedad en medio de la noche y el tacto casi destruido de
tus manos persiste en mi pecho.

José Carlos Becerra lo supo dulcemente, poner la otra mejilla del y para el amor.

Es mi turno, pondré mi beso como la culminación,
para desvanecer tu propio ahogamiento.

Para que llegues con todas las versiones de mi propia muerte.

En el amor también arde la pérdida.

Arden las palabras que te esperan como lágrimas,
para creer nuevamente en los cisnes de tus labios
o para reconstruir otros actos que no transcurriste y esperarte bajo la olvidada gracia de la lluvia.

Ahora los restos del naufragio traen consigo una voluntad de lluvia.
Traen una voz apagada, sumergida en las predestinaciones de la sal y la espuma.

Por el agua correrán las imágenes desgastadas de nuestra infancia,
cuando el amor no era otra cosa que tomarse de la mano y sonrojarse en un silencio cristalino y perfecto.

Los restos del naufragio diluyen los sitios elegidos para esperarte.
Entre la neblina que nos oprime y que oculta los lenguajes para que no me reconozcas,

para que incomprensiblemente te anuncies con la certeza de no ser mía,
entonces llegarán más muertes,

y las imágenes de diciembre serán recuerdos desfigurados,
acontecimientos casi olvidados por el mar de la memoria y del cuerpo.

Entonces el frío será tiempo pasado donde los amores se apagan en sí mismos.
Esa permanencia que creímos, será esa sílaba olvidada que atraviesa todas las cosas que nunca pudimos poseer.

Manos abandonadas, restos de la lluvia, nuestros cuerpos, el mar; todo es un lugar cualquiera.

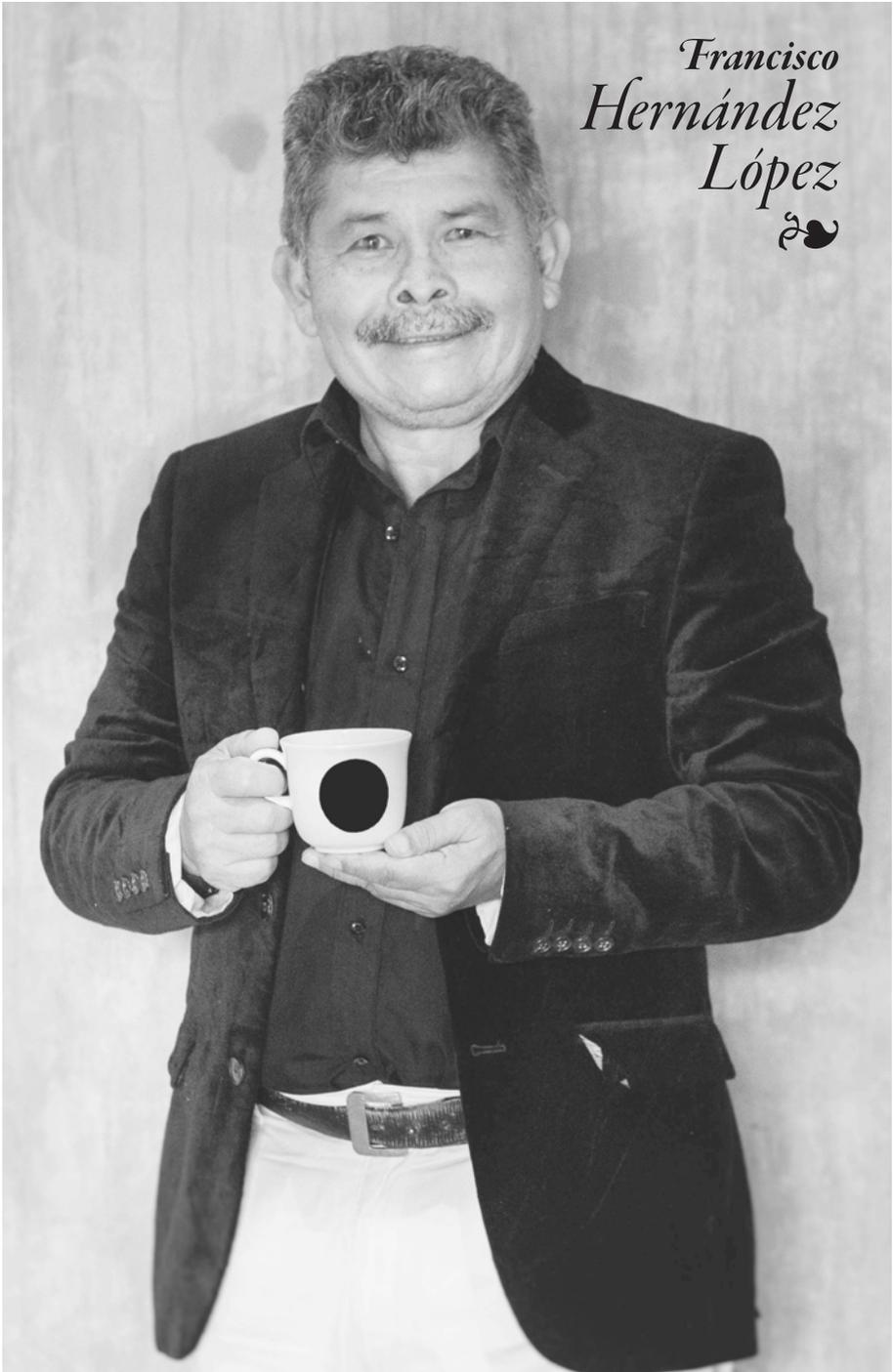
Un demiurgo silencio que nos circunda y que tiene voluntad propia.

En medio de esta sequedad, de esta ausencia y de ese mar de desencuentros,
la lluvia se convierte en una luz donde se presienten ciertos nombres.

Y esta imagen yerma es la comprobación de que no estoy solo,
que la palabra ha sido encendida por mi sangre y que al escribirla,
cada señal de mi mano se resuelve bajo las vertientes de las ausencias,
y ese ahogo y esa muerte serán repartidas por el mundo,
por los imperios nocturnos y las arqueologías marinas para señalar el aire en donde nos movemos
y ese olvido se volverá el frío jamás encendido de tus venas.

(En *La memoria de lo indecible*, Ápeiron Ediciones, 2020, pp.67-69).

*Francisco
Hernández
López*
✎



Francisco Hernández López

Biografía. (Ciudad Guzmán, 1962). Egresó del Centro Normal Regional como profesor normalista. Es Licenciado en Lengua y Literatura Española, Maestro en Intervención de la Práctica Educativa. Obtuvo el primer lugar en los Juegos Florales de Zapotlán en 1992. Es miembro del grupo cultural Alasletras, arte en movimiento y creador del proyecto infantil “La casita de miel”.

Género: Narrativa

Obra publicada: *Un maestro rural* (cuentos y poemas, edición de autor, 1992); *Contra viento y marea*, edición de autor, 1998).

Mi tía Romualda

Francisco Hernández López

Flaca, con sortijas en sus dedos y collares pendientes de su esquelético cuello.

Libre de palabra; humo de cigarro haciendo piruetas entre sus arrugas.

Mi Tía Romualda no tiene pelos en la lengua, a veces sí, porque su vida gira en derredor de un mundo donde se compra y se vende sexo.

Es dueña y señora de un burdel en Manzanillo.

La recuerdo en el más profundo sueño de infancia. Todos los años era una visita obligada en la casa de mis abuelos.

Llegaba con su séquito de muchachas a visitarnos en tiempo de octubre.

El corredor se llenaba de petates y cobijas; no había pudor. La fiesta de octubre en Zapotlán tenía sentido con la visita de mi tía.

Los niños de entonces revoloteábamos entre los pies dormidos aún con zapatillas multicolores malpuestas en pies cansados de tanto bailar. Las damas que acompañaban cada año a mi Tía Romualda no eran las mismas; muchas veces vinieron a casa varias señoritas de diferente piel y distinto pelo.

Ellas se bañaban al aire libre junto a la pila del corral. Algunas tenían los ojos rasgados y hablaban en otro idioma.

Los niños de aquí abríamos los ojos como canicas gigantes ante el espectáculo de ver cuerpos desnudos bañándose a jicarazos. Parecía ser que solo yo estuve a punto de soltar un grito de asombro. Me movía nerviosamente de aquí para allá como queriéndoles tapar su geografía.

Nadie más reparaba en el grupo de muchachas que se divertía con el agua.

Mi tía hablaba siempre con su voz de aguardiente. Mis abuelos estaban felices con su presencia mientras la charla era amenizada con la música de un viejo radio de pilas.

Hasta los anuncios de refrescos cantaban. Mi Tía Romualda se vestía diariamente con ropa exótica. Iba a ver las peregrinaciones de las doce del día; asistía a misa con fervorosa devoción por agradecimiento a un año bueno en sus negocios del puerto.

Las chicas solo iban a los eventos nocturnos. Sus dorados vestidos hacían juego con el exuberante maquillaje. Nuestra casa no se cerraba nunca.

Nosotros caíamos rendidos de cansancio por el ritmo de una fiesta interminable.

A la mañana siguiente, mi Tía Romualda y mi abuelita se levantaban temprano para encender una hoguera en donde ponían una olla grande y prieta llena de carne y verduras.

Yo escuché varias veces un conjunto de rumores que parecían una oración, pero sonaban a más que eso: eran fórmulas parlantes de un extraño artificio. Muchos años después me contó mi padre que la tía sabía hacer “trabajitos especiales”.

Lo cierto es que todo lo que cocinaba era muy sabroso.

Le gustaba el ponche de granada. Bebían sin recato pues solo hacía falta estirar una mano para desprender la jugosa fruta de los árboles del patio.

Cuando era momento de la plática de grandes, la tía chasqueaba los dedos y nos decía: – “¡Órale, a jondear gatos de la cola!” y los niños salíamos corriendo rumbo al potrero.

A veces yo me quedé mañosamente escondido tras de una puerta para escuchar su plática. Entonces ellos hablaban de mis otras tías.

Los oí decir de aquella que se fue a vivir a El Jazmín y de la que vivía en Atequizayan.

También la escuché hablar sobre el hombre de mi tía Celsa al que le hicieron una “travesura” convirtiéndolo en pollo.

Pero también los niños teníamos nuestra cita con mi Tía Romualda. Nos arremolinábamos en torno suyo para escuchar sus relatos. Uno de los cuentos preferidos era aquel relato de mar en el que aparecía “el gentil”, una especie de ser mitológico que se llevaba entre las olas a los pescadores y bañistas que se portaban mal.

Octubre era un mes largamente esperado por todos. Mis abuelos duraban varios meses preparando la estancia de mi Tía Romualda y sus muchachas.

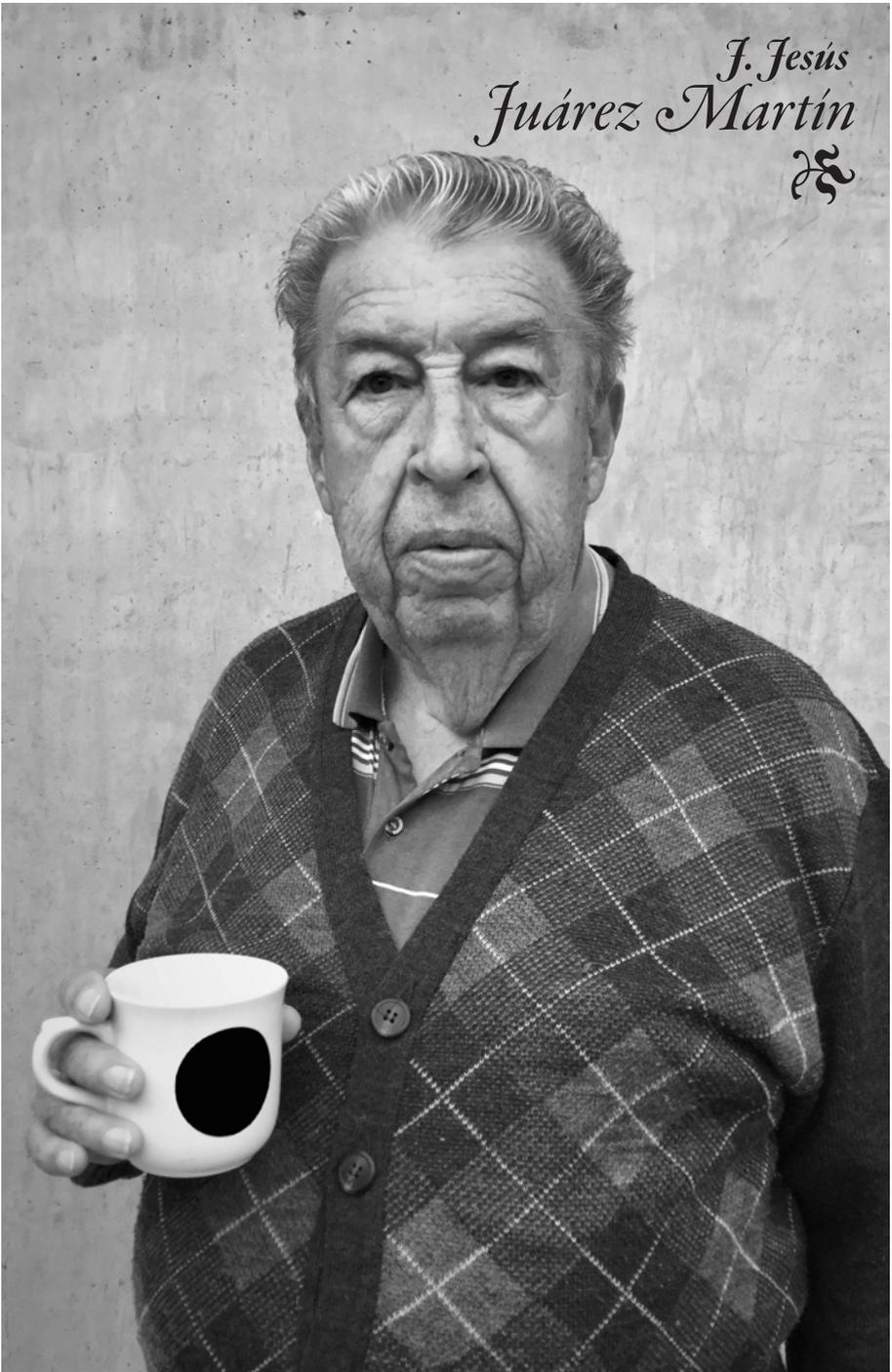
Mis tías y tíos ahorrabán su dinerito para estrenar sus prendas que no se comparaban con la lentejuela de nuestros visitantes.

Todos deseábamos cada año la presencia de mi Tía Romualda. Yo también, pero hablando con sinceridad, me pasaba todo el año esperando el día en que volviera octubre para admirar la piel tersa y la desnudez de las muchachas asiáticas que acompañaban a mi Tía Romualda.

Vi, con estos ojos que un día se han de comer los gusanos, distintas formas convexas que no he podido arrancar de mi memoria.
¡Viva mi tía Romualda!

(Inédito)

*J. Jesús
Fuárez Martín*
✂



J. Jesús Juárez Martín

Biografía. (Valle de Guadalupe Jalisco,1939). Profesor de Educación Superior y Licenciado en Historia. Es columnista del *Diario El Volcán* y del *Semanario Libertad* en Ciudad Guzmán. Es autor de: *Crónica de una Mayordomía Esperada* (Imprenta Gutiérrez, 2011); *Apuntes para la Historia del Colegio Cervantes* (Gobierno Municipal de Zapotlán el Grande, 2015). Obtuvo el Primer lugar del Concurso: Vida y Obra de Don José María Morelos (1965) y el Primer lugar de: Escribiendo Leyendas “La Catrina” / Secretaría de Cultura 1998).

Género. Narrativa

Obra publicada. *Hace 50 años. Relatos de Valle de Guadalupe* (Archivo Municipal de Zapotlán el Grande, 2005).

Salud maestro!

J. Jesús Juárez Martín

La magia del ocaso se perdía entre los nubarrones que rebotaban y se partían en la montaña Oriente, el aire frío despedía al caluroso día de mayo, y la lluvia intempestiva se centró sobre la población de Ciudad Guzmán, ya iluminada con la luz eléctrica del anochecer; pronto las calles eran bandas hidráulicas, que arrastraban hojarasca, piedras, tierra, troncos y uno que otro animal montaraz desafortunado que fue sorprendido.

Siempre que llueve, la calle Leona Vicario registra la intensidad de la precipitación y en su encuentro con la calle Primero de Mayo, los niveles alcanzan la parte superior de las altas banquetas, y en su arroyo se cubren la mitad de la rodada de los autos que se aventuran a atravesar la calle convertida en río.

El Salón Comedor bien dispuesto e iluminado, se llenaba poco a poco con los invitados especiales que estilaban como frondas de árbol. Los comentarios eran obligados de las peripecias para arribar al lugar y poco faltó para que se otorgaran “Medallas al Valor”.

Todo se había dispuesto para que la cena en honor de los Maestros fuera un agasajo para que los asistentes, el popular cancionero Toño López, llegó puntual a la cita. Las voces pronto igualaron y hasta superaron el ruido del aguacero y de la correntada que dificultaba pasar la calle.

Al fondo del salón había un instrumento silencioso de cuerdas, de grande caja piramidal, parecía parte de la escenografía, era tal la algarabía y los comentarios por la lluvia, que nadie parecía darse cuenta de que una gran arpa esperaba ser pulsada para dejar el lamento bohemio que acompañe al enamorado y mal correspondido o hacer eclosión, si es correspondido.

Al transcurrir la noche y condicionar la convivencia los asistentes, el cancionero con su guitarra, recorrió en derredor de la gran mesa, complaciente con las peticiones de canciones en especial y motivador con su entonada voz y conocidas canciones que arrancan el grito de las grandes emociones reprimidas o en ambientes de poca confianza, no faltaron las tonadas con reclamos a las “castas e ingratas” que no dan “su brazo a torcer”. Los bravucones gritos matizaban la alegría, los temas musicales, desde románticos a bravíos, todos eran del gusto de la concurrencia y hasta las acompañaban

cuando la letra la conocían y desde luego se rubricaba con el fuerte aplauso final.

Luego al rasguear las cuerdas de la incólume arpa, sus armoniosos sonidos atraparón la atención de la concurrencia como en el teatro y expectantes los asistentes se inició, me pareció la introducción de una bella serenata a la mujer amada. Todo resultaba dentro de la complacencia y el disfrute del servicio esmerado de las gustadas botanas, sabrosos alimentos, exquisitas bebidas, música preciosa, plática amena, bromas oportunas, y sobre todo con la idea de agradecimiento respetuoso a los mentores en la celebración del Día de las Maestras y Maestros.

De pronto Juan, porque en esos momentos, ya todos se habían reconocido como profesionistas, pero lo interesante fue que ya se hermanaban entre copa y copa sin acabarse la vida, hermanados, entre carnales es más fácil entenderse. El durísimo turrón se había roto desde hacía algunos brindis y canciones, Juan, pues, volvió a la solemnidad de las grandes ocasiones con lenguaje retórico y cuidadoso, interpeló al primer profesor que a su diestra estaba: Disculpe maestro, pregunta, ¿Es lo mismo lingüísticamente hablando? ¡Arriba mi arpa! Que ¡Miar pa, arriba! ¡Ilústreme, por favor: Sáqueme de la duda que me atosiga.

Mire usted, dijo pausadamente el maestro, sintiéndose, pienso yo, Miembro de la Real Academia de Español, por la solemnidad de su contestación y el tono de gravedad.

– La verdad que desde un orden regular de la sintaxis, las expresiones son equivalentes, porque está empleando, lo que llamamos, hipébaton, con mayor o menor precisión, tienen el mismo significado general, como tienen similitud los significantes de los siguientes enunciados, vea usted, entrañable galeno; "¡Dejen afuera mi arpa! Y dejen miar pa afuera, Me doy a entender? Me explico, Porque no es lo mismo, atrás que en ancas, es decir, hay una intención oculta, un doble mensaje que se camufla, su cuestionamiento, me recuerda a aquella neófita pecadora que pedía a la Virgen Inmaculada; "Madre, que concebiste sin pecar, permite Madre; que yo peque sin concebir " Dígame, ¡que no es lo mismo. ¿Cree usted mi distinguido ginecólogo que es correcto que haya causa sin esperar efecto? ¿Piensa vos también como el célebre científico Antoine-Laurent Lavoisier: Nada se pierde, nada se destruye; todo se transforma? ¿Me doy a entender, mi discípulo de Hipócrates?

Ya párele mentor, disculpe, discípulo e Hijo de... Sócrates, creo que nos hemos quedado solos, discutiendo problemas de la vida.

Mejor digamos: ¡Salud Maestro!

(En *Cosas simples*, Edición de autor, 1997, pp.7- 9).

*Marcos Manuel
Macías Macías*



Marcos Manuel Macías Macías

Biografía. (Guadalajara, Jalisco, 1970). Estudió la Maestría en Literaturas del Siglo XX en la Universidad de Guadalajara. Se ha dedicado a la enseñanza desde 1990. Actualmente se desempeña como profesor de tiempo completo en el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara.

Género. Narrativa

Obra publicada. *Tonalna* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande, Jalisco, 2012); *A la sombra del manzano* (Puertabierta Editores, 2013); *Un lugar de luz: historia de mi pueblo* (Puertabierta Editores, 2019).

El olor del azufre

Marcos Manuel Macías Macías

Escuchas cómo suena el golpe del martillo contra la madera vieja y seca de aquel cuartucho al que nunca te dejaron entrar. La duda corroe tu estado de ánimo, son varias noches en que el mismo ruido seco y constante te espanta el sueño. Sabes que algo sucedió en aquel sitio, pues el hermetismo de todos te desespera, quisieras correr y abrir la puerta, pero no sabes a qué te enfrentarás, y eso, aunque no lo quieras admitir, te causa un espanto que poco a poco se convierte en terror.

Recuerdas que cuando intentabas indagar con tu madre, ella siempre esquivaba la pregunta y te decía que el cuarto aquel escondía una tragedia.

De tu padre, sólo sabías que en el pueblo fue una leyenda, pero nadie es capaz de decirte lo que en realidad sucedió con aquel indio cuyas fechorías pusieron la vida de más de un acaudalado habitante del pueblo en la cuerda floja.

Nuevamente el incesante sonido del golpe sobre el suelo. No puedes más, tratas de ignorarlo para conciliar el sueño, pero cada vez que cierras los ojos... ahí está... la imagen de aquel ser fantasmal, de ojos horribles que de sólo mirarlos pareciera que la vida se escapa... Sudas, cada gota que recorre tu rostro es como un bálsamo que refresca la abrasadora sensación que sufre tu piel. Abres los ojos, no quieres dormir porque sabes que ese ser se hará presente para recordarte algo, ¿qué es?... el miedo te llena las venas y sientes correr por ella ese *algo* que desde niño te llevaba a la cama de tu madre, sollozando y sintiendo que la vida se te iba.

No quieres levantarte, sólo sigues escuchando el golpeteo continuo y cansón en aquel cuartucho que tanto se cuida y del que no se debe hablar, ni en sueños.

En tu soledad y desesperación por no poder conciliar el sueño, te remontas a aquella tarde de junio junto al río, cuando se acercó un misterioso hombre jalando un cansado jumento, viejo como él mismo. Algo te hizo retroceder ante la presencia del misterioso viajero.

-Niño, ¿vives aquí? -La voz gutural y cansina impidió que corrieras, las piernas no te respondían, era como si se hubieran vuelto de piedra.

–Pos sí... un poco más allá, en El Encino.

–*¿Y de quién es esa tierra?* –El dedo señaló como radar aquellas tierras.

–De mi tata Hilario. -La voz se te quebraba, te traicionaba y parecía que en cualquier momento un grito ahogado brotaría y delataría el miedo que sentías.

–*Pos dile a tu tata que está sentado en oro...*

No dabas crédito a lo que te acababa de decir el anciano. El sudor te cubrió y decidiste enfrenarlo, saber más de aquello. Lo miraste a los ojos, esos horribles orificios que pareciera que te arrastraran a un abismo sin fin. Quisiste preguntar, pero el miedo te lo impedía. Lo que viste enseguida, te heló la sangre. El anciano señalaba con un dedo semejante a un garfio un lugar que no pudiste distinguir porque tenías la vista nublada y todo parecía muy difuso.

–*Será ahí donde se dará la disputa entre Dios y el Diablo.*

Y frente a tus ojos, se esfumó... No podías respirar, sentías que en cualquier momento te desmayarías y eso precisamente fue lo que te dio fuerzas para huir como poseo hacia la casa de tus tatas. Nunca lo contaste por temor a que tus abuelos y tu madre fueran presa de aquel oscuro ser.

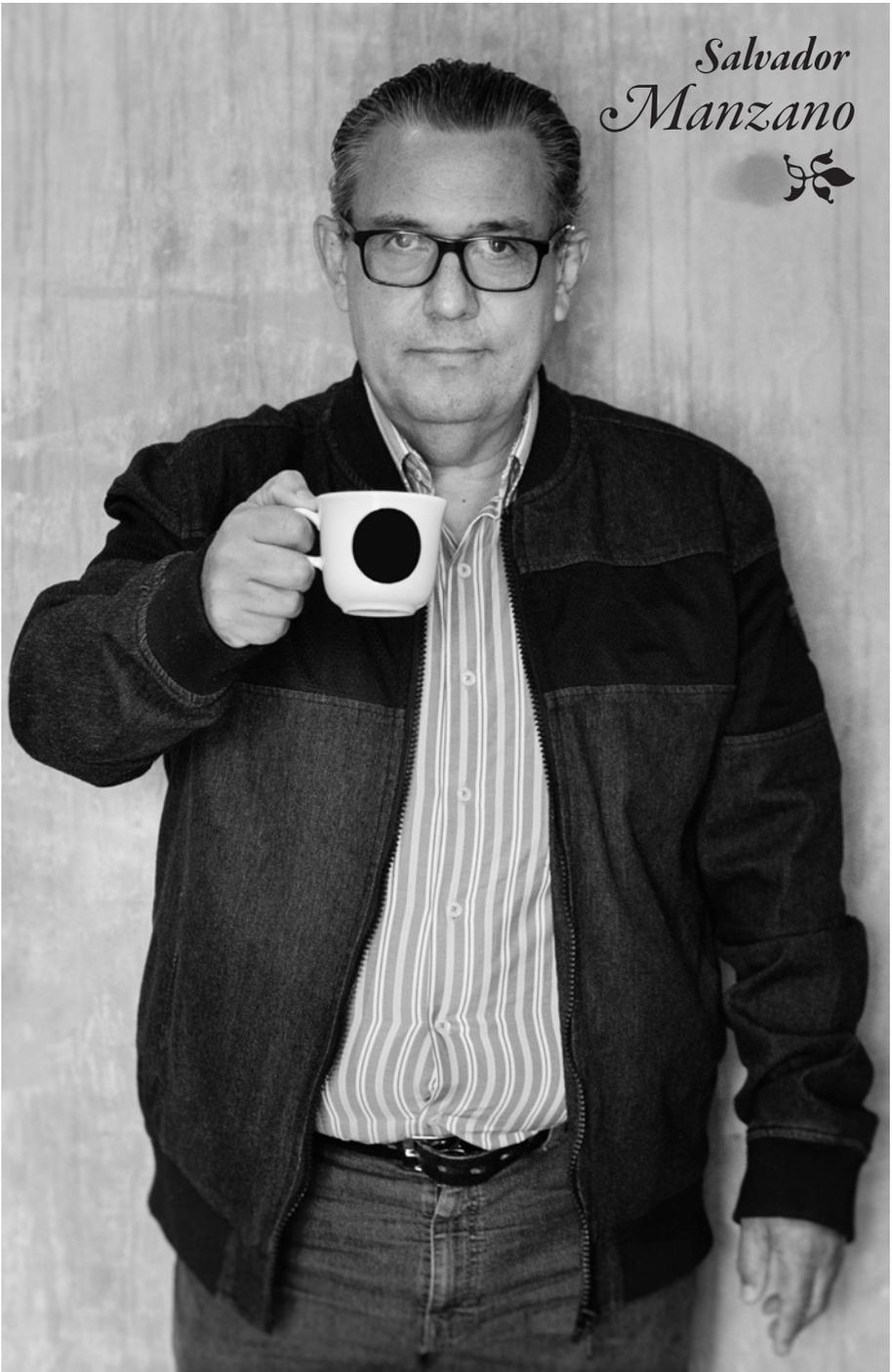
Ahora, tantos años después, sientes que algo te oprime el pecho, tienes dificultad para respirar y todo te da vueltas... vas cayendo en un espiral de luces y humo, no tienes fuerzas para detenerte. *Algo* te acompaña en esa caída. Escuchas muchas voces que al mismo tiempo te hablan y te gritan... ves a tu madre llorando, sola como siempre. Ahí está tu tata Hilario, en medio de un enjambre de espinas tratando de alcanzar tu brazo, pero no puede porque lo tienen preso entre la cizaña. De pronto, sientes cómo una mirada penetrante no se aparta de ti. Es la de un individuo que porta un águila al cuello y lleva un paliacate rojo en la cabeza. El tacto de una delicada mano te distrae... Miras alrededor y sientes algo de tranquilidad; te das cuenta que es Amalia, a la que desposarás nada más pase el temporal de lluvias y recojas la siembra del mes.

Té das cuenta que, sin quererlo, has caído en un sueño efímero. Despiertas y estás convencido que todo ha sido una pesadilla. Té levantas, ya no escuchas el golpe seco del martillo. Sólo queda un cierto malestar que te hace recordar que te acostaste con dolor de cabeza. Comienza a salir el sol,

la confianza se apodera de ti y sales de la habitación rumbo al pueblo, debes comprar hierbas para tus menjurjes.

(En *Un lugar de luz, historia de mi pueblo*. Puertabierta Editores, 2019, pp.77-79)

*Salvador
Manzano*



Salvador Manzano

Biografía. (Guadalajara, Jalisco, 1960) estudió Ingeniería Industrial en la Universidad de Guadalajara. Asiste al taller de literatura de la Casa de la Cultura de Cd. Guzmán desde 2008, del escritor Ricardo Sigala Gómez. Cursó el Diplomado en Creación Literaria en 2012. Es coautor en *Cuentos Ganadores del 1er. concurso de La Jirafa, Cuento zapotlense contemporáneo, cultura de cuello largo* (*Diario de Zapotlán*, 2008); *La Jirafa, cuento zapotlense contemporáneo* (Universidad de Guadalajara, 2012); “*Yo, señores, soy de...*” *JaliscoLimán* (Tierra de Letras, 2018).

Género: Narrativa

Obra publicada. *Cuentosmas, Los cuentos de Manzano* (PuertaAbierta Editores, 2018).

El libro blanco

Salvador Manzano

En la Facultad de Ingeniería, el primer semestre, en los primeros días de clases, cuando comenzábamos a conocernos los compañeros que emprenderíamos una larga trayectoria para lograr nuestra formación universitaria, veía a un compañero sentado en las escaleras del edificio que albergaba nuestra aula, siempre entregado profundamente a la lectura de algún libro en los espacios de entre-clases, mientras llegaba el maestro en turno o cuando alguno de ellos faltaba. Yo no podía digerir esa manera de ser y su desinterés por convivir con los demás compañeros.

Así pasaron las primeras tres semanas, hasta que, vencido por la curiosidad, me acerqué a él y le dije: hola soy Jorge Miranda; el dejó su libro a un lado y con una sonrisa, *Jorge Miranda Sabagún* –me contestó–, alegando que le faltaba poco para saber los nombres de todos los compañeros y me dijo su nombre.

Entablamos una amena conversación que recorrió nuestros pueblos natales, nuestra inquietud por ser ingenieros y muchas cosas más. En un breve espacio, de esos que impone el silencio, mientras nuestros cerebros buscaban la siguiente línea del diálogo, surgió la que fuera la pregunta que me llevó a entablar esa conversación, ¿se puede saber que estás leyendo? –pregunté–, él me respondió que *Demián* de Herman Hesse, y luego me replicó que si me gustaba leer, le respondí que no, que para los libros son todos iguales que no sabría cómo encontrar alguno que me interesara, él se rio.

¿Todos iguales en serio? –Me miró de una manera sarcástica– algo iba a suceder cuando nos interrumpió el saludo de un maestro que se dirigía al salón para impartirnos su clase...corrimos a su lado.

Desde ese momento sabía que ese compañero iba a ser uno de mis mejores amigos durante toda la carrera.

Pasando un tiempo, mi compañero llegó con un libro envuelto para regalo y con la mayor seriedad me dijo: “un regalo”, por ser mi primer libro, le agradecí le prometí leerlo y comentarlo con él cuando lo terminara.

Cuando llegué a casa, abrí el paquete con enorme curiosidad y vi en su portada el título *EL LIBRO BLANCO*, era un ejemplar hermoso, elegante; pero...el autor no aparecía, ni la editorial...la mayor sorpresa me la llevé al

ver que el libro en realidad ¡estaba en blanco!, tenía la hoja del prólogo en blanco, el índice en blanco, tenía páginas, pero ningún texto...

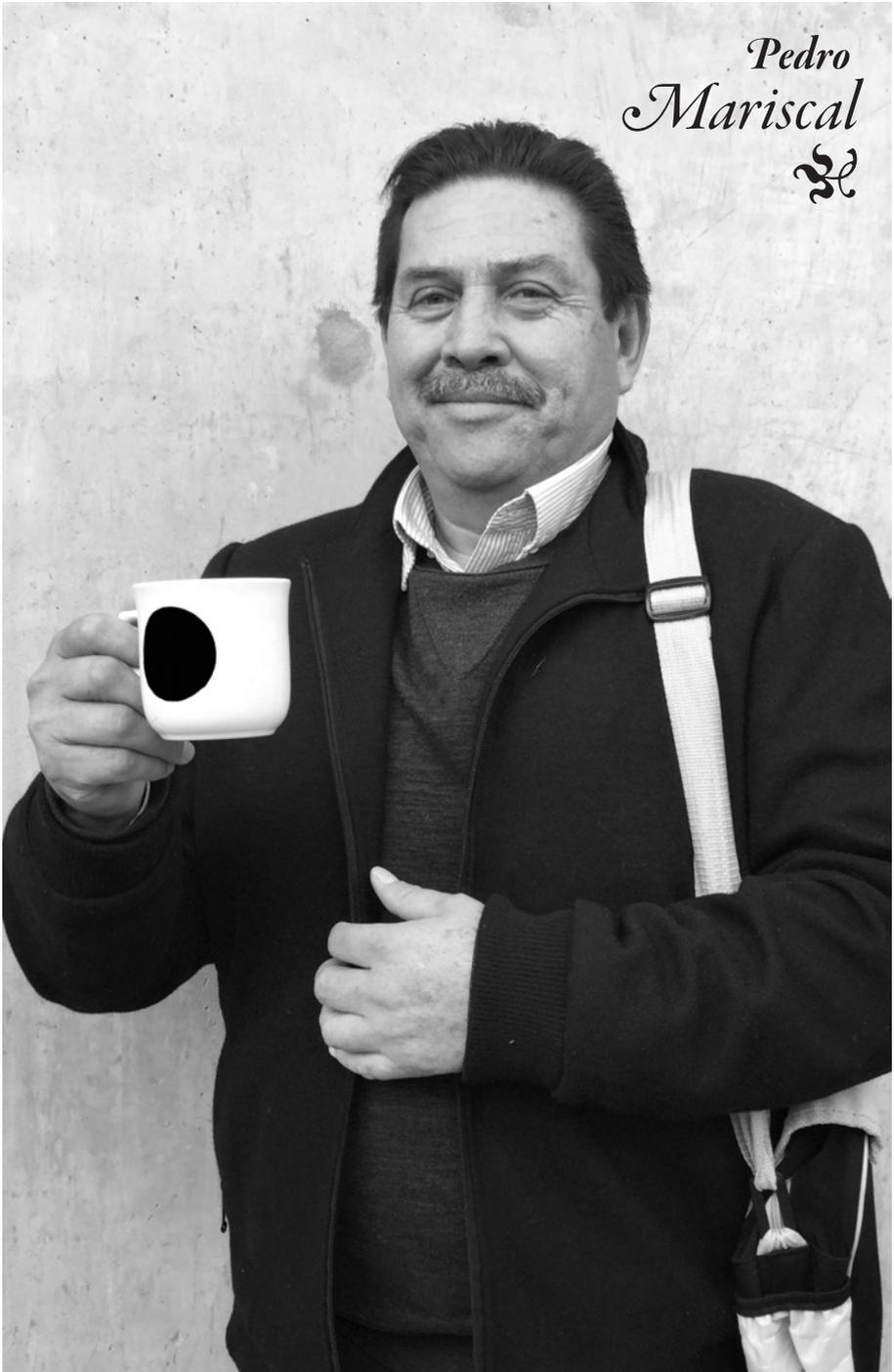
Muchos días evité comentario alguno al respecto, primero quería descifrar el significado de lo que estaba tratando mi amigo, miraba el libro en mi mesita de luz y se desprendían de él tantas incógnitas, hasta que empecé a reflexionar... ¿Cómo me gustaría que este libro tuviera algún texto?, eso provocó que me detuviera en las librerías y comenzaba a buscar temas, autores, editoriales. Finalmente compré mi primer libro y lo leí, con una satisfacción increíble y con un deseo enorme de corresponderle a mi amigo su gran gesto. Ese libro blanco tiene muchos significados, un texto invisible que mentalmente me instruyó y me fue llevando a salir de mi renuencia a leer, y para abundar fue algo clave en el desarrollo de mi carrera.

Fue un año después cuando le dije a mi amigo: El mejor libro que he tenido en mi vida...me lo regalaste tú.

El solo sonrió.

(En *Cuentosmás, Los cuentos de Manzano*, Puertabierta Editores, 2018, pp.85-86)

*Pedro
Mariscal*
ℵ



Pedro Mariscal

Biografía. (San Isidro Mazatepec, Jalisco, 1959). Estudió Lengua y Literatura Españolas en la Escuela Normal Superior de Nayarit. Ha sido profesor de Educación primaria, secundaria y de nivel medio superior. Obtuvo el Primer Lugar en el Concurso de Décima Literaria en la Coronación Pontificia de la Taumaturga Imagen del Señor San José (2007).

Género. Poesía

Obra publicada. *De madera y canto* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande, 2003); *Evocaciones* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande, 2008); *Un sol que llena tus pupilas* (Mala Estrella, 2017); *Decimario arreolino* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande, 2018).

Decimario arreolino

Pedro Mariscal

Con motivo de la celebración del centenario
del natalicio de Juan José Arreola

Memorable centenario
De histórico natalicio
Es un momento propicio
Para degustar a diario
—Al leer *Confabulario*—
Tu palabra de juglar.
Y vamos a disfrutar
Una *Lectura en voz alta*
Con sonoridad de plata
Que solo tú sabes dar.

II

Juan José Arreola, te digo,
Que en tu trascendencia humana
A la palabra mundana
Elevas con grande estilo,
Y el espíritu latino
En Zapotlán se recrea.
Y aunque usted no me lo crea
Que tenacidad porfía,
Su verbo es artesanía
¡Y artesanía de la buena!

III

“Soy de Zapotlán el Grande
Yo, señores”, nací aquí;
Entre granada y maíz

*Y un valle que al pie se expande
De un volcán que siempre arde,
Y una laguna que viene
Y se va –si le conviene–,
Como un delgado sueño...
Soy de este pueblo sureño
¡Pleno de fuego y de nieve!*

X

Publicó *Confabulario*,
La Palabra Educación,
Redactó *Varia Invención*,
Y con su libro *Bestiario*
Fue tejiendo su *Inventario*.
Escribir es cosa seria
Y no andar en periferia...
Arreola con *Palindroma*
No estaba en cosas de broma,
Pero a mí... ¡denme, *La Feria!*

(*Fragmentos*. Ediciones del Archivo Histórico Municipal.
Gobierno de Zapotlán el Grande, Jalisco, 2018)

*Gilberto
Moreno*
✻



Gilberto Moreno

Biografía. (Nació en Guadalajara, en 1975). Es Ingeniero químico, Maestro en Ciencias en Ingeniería de procesos por la TU Hamburg. Fue ganador del Primer Concurso de Cuento Municipal “Alfredo Velasco Cisneros” en 2013. Se encuentra antologado en: *Ajuste de cuentos, Premio nacional de cuento breve del SNIT*, (Editorial DGEST, SEP, 2012); *Colibrí, Premio nacional de cuento por Twitter del SNIT*, (Editorial DGEST, SEP, 2012); *La Jirafa, Cuento zapotlense contemporáneo* (Editorial, UdeG, 2012); *Festival Rulfiano de las Artes* (2018) y *Festival Rulfiano de las Artes* (2019).

Género. Poesía

Obra publicada. *Sedimentos* (Lapso, 2014); *Reencarnaciones* (La Zonámbula, 2017).

Avatar, fetiche, arte

Gilberto Moreno

Recuerdo el mar. Recuerdo a esa bestia enorme en continuo duelo con la playa. La noche, indigesta por nuestros movimientos erráticos, no terminaba de devorarnos. Rehuíamos de la luna y desconfiábamos de nuestras huellas. Fue entonces cuando empezamos a sentirnos objetos, bultos para la guillotina, plomos para la horca, juguetes para nuestros verdugos. Ya en los calabozos, existía la cortesía de la muerte rápida o el languidecer en cavernosidades húmedas y aguas fétidas a la espera de la otra orilla del río Estigia. La palabra libertad no resonaba más en nuestras gargantas, aunque llorase siempre en nuestra mirada. Hay cosas que son instintivas, innatas. Hay cosas que sólo nuestro silencio puede explicar. El cuerpo y el espíritu también se pudren a su debido tiempo. Basta con masacrar toda esperanza. Entonces ya no hay salidas, tan sólo malvivir entre la locura y el sinsentido. Ser objeto. Ser un objeto. Olvidar que aún se está vivo, olvidar lo que uno fue, es o podría haber sido. Asfixiarse bajo el peso de las cadenas, los muros, las noches gélidas. Asfixiarse con todo lo que nos grita que no somos nada, que no importamos, que no tenemos fuerza ni poder. Pero la locura no tiene por qué ser dócil, puede alucinar, puede ver más allá de las piedras, los grilletes, la derrota y la muerte. Una noche de lluvia puede sentir los fríos hilos que serpentean dentro de la mazmorra e imaginar otras corrientes que de tanto reptar sobre sí mismas y sobre las piedras cantan como las aves; que de tanto volar y caer y fluir se rompen en cristales con gotas de luz. Alguna vez que tiemble de dolor, puede imaginar cuando tiembla la tierra, puede imaginar sus entrañas de fuego y ver cómo la piedra que cayó y no dejó de caer, que se hundió en la obscuridad, que se trituró por cones, era geológica tras era geológica, que naufragó en un mar de fuego, vuelve a ver la luz en las antípodas, expulsada por un volcán en una isla del Pacífico. También puede, en plena locura, ver cómo su carne vuela sobre valles y montañas en las vísceras de las aves de rapiña que comulguen con su cadáver. Ya sin pensar en sí, sino en todo cuanto logre salir de aquel confinamiento, perfecciona técnicas extrañas: aprende a hilar, anudar y entretejer el cabello que se le cae o se arranca; a tallar el hueso con piedras, trozos de madera o sus mismos grilletes; a esculpir proas, insinuar cañones y bordas, afilar mástiles, simular quillas y

timones. No sería difícil imaginarnos que él en su inconsciente recordaba las botellas con un mensaje a la deriva. Recordaba al mar.

El pequeño barco blanco, aún avante sobre un mar de terciopelo oscuro, se puede admirar bajo una luz atemporal, bien resguardado dentro de su campana protectora. Ya es tarde. El guardia del museo me apresura de nuevo. Releo la nota de la pieza que es bastante parca: *Figura de hueso y cabellos humanos. Obra de un prisionero francés anónimo. Siglo XVIII. Pieza única.*

(En *Reencarnaciones*, La Zonámbula, 2017, pp.77-78)

*Alejandro
Moreno Merino*



Alejandro Moreno Merino

Biografía. (Zapotlán el Grande, Jalisco, 1984). Es Licenciado en Educación Especial. Se desempeña como docente en educación básica; ha sido profesor universitario y reportero de diversos medios regionales y estatales. Se encuentra antologado en *Confabulados* (Orbi Press, 2009); *La Jirafa, cuento zapotlense contemporáneo* (Editorial UdeG, 2012) y en el libro *Homenaje a Juan José Arreola* (Archivo Histórico Municipal de Zapotlán, 2008).

Género. Narrativa

Obra publicada. *Réquiem por un ángel* (Archivo Histórico Municipal de Zapotlán, 2012); *Visiones del pasado* (Keli Ediciones, 2015); *Archivaldo el monstruo y otras historias para contar*, (Keli Ediciones, 2020).

La noche del dragón

Alejandro Moreno Merino

Entonces, sin prisa ni impaciencia ni tiempo alzas la vista. La habitación está en penumbras, tan sólo la quietud de unas cortinas cerradas.

No tienes idea de la hora que es, de las vueltas del reloj ¿Veinte minutos, una hora? Quizás toda una eternidad. No lo sabes. Antes del final todo fue confusión.

Las sábanas impregnadas de su aliento revolotean como olas de mar embravecido. Golpean tus muslos, tus piernas, tus tobillos son acariciados por esos pedazos de tela desgarrados, arrugados por sus manos llenas de pasión. ¿Su aliento? Se ha extinguido la llamarada sin forma. ¿El calor de su cuerpo? quema por dentro. Lo ves volar por toda la habitación. Con las alas extendidas crea un rito de fuego con una danza por tu cuerpo, te quema y consume. Cae sobre la cama, como ave de rapiña se posa en ti. Podrías olvidar todo, todo excepto el vuelo enmarañado en el corazón

Un visitante inesperado. Un rayo de luz se cuele por el vidrio lleno de polvo. Destellos mágicos que avanzan por el cuarto y envuelven tu cuerpo desnudo.

Recorriendo tu piel, tus labios húmedos. Sientes de nuevo las caricias sin manos, los besos sin rostro. Sus uñas apenas te tocan.

Quieres tener de nuevo esa sensación con alguien desconocido. ¿Su nombre? No lo dijiste, no era más que necesario. Con la calma de la soledad empiezas a recobrar la memoria. Una tarde llena de lluvia, una silueta se resguarda bajo una cornisa. Entonces sin saber, sin pensarlo ni sentirlo te detienes. Tomas un cigarrillo de tu gabardina, lo enciendes, te ajustas el cuello y caminas a tu destino. Una bocanada de humo colándose por tu garganta se eleva un poco y después te sigue. Pero, no estás del todo sólo. Alguien viene detrás de ti.

Te pierdes por senderos sin nombre, callejones que no pertenecen a este pueblo, lo sabes muy bien, son muchas tardes que has caminado por allí, entre aceras frías, puertas sin número y calles olvidadas.

Escuchas pasos siguiéndote, ves las piedras mudas sin llamarte, las caricias de la lluvia en tu rostro. Sientes frío. La noche se acerca. Sigue esa presencia. Volteas, no existe nadie.

Te detienes en este sitio abandonado, avanzas por las escaleras a una habitación solitaria. Sin temor abres la puerta y el óxido de los años cruje al mostrarte la cama vacía.

¿Cómo dijiste su nombre en el silencio? ¿Cómo se amaron sin necesidad de tocarse? nunca lo sabrás. ¿Cuándo tus labios se perdieron en el universo de su sombra? Nunca lo sabrás, ni aún estando una eternidad juntos.

Queda una sensación nueva, líneas dulces caminando por tu cuerpo, un soplido a mitad del pecho, un perfume en tu boca. Su lengua como daga que se hunde, cortando trozos de tu piel, se desperdiga entre las sábanas tibias.

Pasas tus dedos por su cuerpo, sus mejillas, senos firmes, llenos de vida, tus labios se deslizan por la espalda, bajan lentamente, sientes el calor de su cuerpo. Lo descubres, allí está, un tatuaje con un dragón a media espalda te invita a ser parte de ese deseo sin forma, de esa noche sin tiempo. Dibujas cada línea, cada silueta, cada sombra. Sus alas se posan, sobre ti, te protegen. No quieres que acabe, quieres estar por siempre junto a esa amante, volar junto a ella. Levantas el vuelo, dos amantes en medio de la soledad, son espejismos que se afanan en caminar por el mundo. Se convierte en tu guía entre luces, entre estrellas y alientos fugaces que nunca volverán.

Desde la ventana, un lago cercano, el reflejo nocturno baila en sus aguas tranquilas, inmóviles. Arrulla a la luna que ha venido a posarse como su amante. La acaricia y la besa.

Escuchas que se va sin siquiera despedirse, piensas cómo se aleja, con sus pasos perdiéndose en el cuarto oscuro. No le llamas, sabes que no es necesario.

Te deja desnudo en la cama.

Ahora no existes, no tienes nombre ni memoria. Ahora tu piel es devorada por gusanos. Llena del olor pútrido que baña toda la habitación. Perdido desde hace muchas noches aguardas que te encuentren, en medio de este muladar. Lo último que viste fue tu cuerpo inerte, helado. Y pasaste a ser parte del olvido.

(Inédito)

*Mar
Pérez*



Mar Pérez

Biografía. (Guadalajara 1972). Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Con la obra *Placeres solitarios* obtuvo en 2013 el primer lugar en el Concurso de Cuento *Refugio Barragán de Toscano*, organizado por el Ayuntamiento Municipal de Zapotlán el Grande, Jalisco. Antologada en *Confabulados* (Orbis Press 2010); *La jirafa, cuento zapotlense contemporáneo* (UdG, 2012); *La permanencia del deseo* (editorial la Décima Letra 2013); *Hasta que el fastidio nos separe* (Editorial Deleterea 2020).

Género: Narrativa.

Obra publicada: *Placeres solitarios* (cuento, Amateditorial 2013).

Hasta siempre

Mar Pérez

Otra vez está gritando mi mamá, ni sé para qué, si mi papi le dice que ya la perdonó; él ya le ha dicho que sabe que fue un momento de locura y que la disculpa, así como ella lo disculpó tantas veces. No me gusta estar encerrada, ni que todo esté oscuro. Lo bueno es que estamos todos juntos, como yo quería.

Ya no grites, Irene, te he dicho que te perdono. No sé qué más decirte para que me creas; me casé contigo solamente porque te amo, desde entonces todas las noches las he pasado a tu lado. Lo que hacía de la mañana a la tarde no era importante, no sé por qué no lo entendiste. Hubiera elegido compartir contigo el resto de mi vida incluso sin hijos, es más habría preferido no tenerlos. A lo mejor hasta ellos fueron los responsables de lo que nos pasó: cuando empezaron a llegar primero una y luego el otro, ya casi nunca pudimos estar solos; siempre estaban dando lata, llorando por una cosa o por otra. Tú y yo anhelábamos una noche propia y ellos se encargaban de impedirla, cuando no era fiebre, era sarampión u otra cosa. Por eso, Irene, por eso busqué a otras mujeres, pero palabra que siempre pensaba en ti. Yo te comprendo y te sigo amando; dices que fue para lastimarme y no digo que no me doliera. Pero nunca habría podido soportar la eternidad sin ti, por eso quise acompañarte. ¿Mi descendencia, mi sangre? vale madre si no estás conmigo.

No me importa quién me perdone, ni si alguien me entiende o no. Me da igual lo que piensen los niños; que lo escuchen, sí, ¡que lo oigan y lo sepan! Te vi con esa mujer en mi casa, en mi cama, no se han inventado palabras para describir tanto dolor; Me quise vengar, lastimarte en lo más profundo; tenía que acabar con ellos; no debía quedar nada de lo nuestro. Ni un rastro de la unión de nuestra carne. Nada que perpetuara tu casta. Cuando me di cuenta, desde aquí, de que me seguirías hasta el fin del mundo, supe que era absurdo. No era necesario que desapareciera yo, solamente ellos; pudimos tú y yo habernos ido muy lejos, dejarlos y ser felices. Nada más eso lamento.

Mamá y papá nunca nos quisieron, eso es lo que no entiende mi hermanita, ni aun que mi mamá lo grite cada noche y mi papá lo diga en voz baja. Nada más se querían ellos mismos pero, como dice mi abuela: “en sus pecados

estarán llevando la penitencia". Estamos los cuatro juntos, para siempre, como la familia unida que nunca fuimos. Se amarán por toda la eternidad, pero nunca podrán estar solos y ese será para siempre su mayor castigo.

(Inédito)

*Antonio
Ramírez Díaz*



Antonio Ramírez Díaz

Biografía. (Guasave, Sinaloa, 1949) es Profesor egresado del Centro Normal Regional de Ciudad Guzmán, Jalisco, con estudios de licenciatura en Psicología Educativa y Ciencias Naturales, Maestro en Educación por la Universidad de Colima. Se ha desempeñado como Profesor de educación primaria, secundaria, bachillerato y superior, a nivel de licenciatura y maestría en la Secretaría de Educación Pública, en la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 144, la Universidad de Colima y la Universidad de Guadalajara. Profesor Titular “C” de tiempo completo en la Unidad UPN-144.

Género. Narrativa y poesía

Obra publicada. *Volver a lo que fue* (Fondo Editorial del Magisterio, 2016); *El Alcibuatl* (Fondo Editorial del Magisterio, 2016).

El Alcíhuatl

Antonio Ramírez Díaz

Mi primera comisión como profesor de escuela primaria fue en El Alcíhuatl, municipio de Villa de Purificación, Jalisco, en septiembre de 1968, era una pequeña comunidad rural, restos de una antigua hacienda a 8 horas a pie o a caballo desde la cabecera municipal, en total 14 horas desde Usmajac, cuando lo comento a mis alumnos les parece el fin del mundo, pero en ese tiempo para mí era solamente una aventura, no un trabajo para ganarse la vida –a los 18 años no piensas en el futuro, el presente lo llena todo– sino la oportunidad de conocer otros lugares y otra gente, era mi primera escuela, mi primer rancho y lo veía como lo más natural –así nos lo inculcaron en la normal– se empezaba en los ranchos reemplazando a los de mayor antigüedad que se iban recorriendo, luego nos tocaría a nosotros ser sustituidos, nunca cuestioné por qué ahí si tenía buen lugar en el escalafón, es más, nunca me preocupé por saber dónde les había tocado a los demás.

No iba solo, José Luis, Quimichi, Andrés y otro profesor de Guadalajara integrábamos el relevo, esa era la práctica, ya nos lo habían advertido nuestros profesores. La buena nueva la recibí, de una profesora de gratos recuerdos la maestra Teodorita, nunca me dio clases, la conocí cuando nos entregó los oficios de comisión; dicen que la primera impresión es lo que cuenta y así fue, su presentación personal, eficiencia, paciencia y actitud de servicio para con los novatos fue suficiente para que la recuerde con afecto. Muchos años después la encontré en una reunión de investigación educativa y tuve oportunidad de platicar con ella.

Para mí todo era nuevo, soy originario de Guasave Sin., cuando vine a Jalisco no conocía los cerros, andar en el monte me parecía toda una odisea, montar a caballo ni pensarlo, los conocía por las ilustraciones, pero nunca había subido a uno; así que proporcionarle a los rancheros un momento de diversión a mis costillas fue en otra anécdota, porque cuando llegamos a La Villa nadie nos esperaba... pero estábamos tan entusiasmados que visitamos los mesones a ver si había alguien que nos llevara o nos guiara; encontramos un vecino de los Espinos de Carreón, lugar asignado a José Luis, dijo que se regresaba al otro día por la mañana, pero no tenía bestias suficientes, eso no nos detuvo, en una pusimos las maletas y nos marchamos a pie, felices y

contentos, 18 años y con la alegría de vivir, lo teníamos todo. ¿Qué más se puede pedir?

Villa de Purificación o La Villa como decían sus habitantes era una población pequeña, orgullosa como todas de su historia, los españoles la fundaron antes que Guadalajara decían, cerca de un río; con calles empedradas, una iglesia, un gran lote baldío entre ésta y la Presidencia municipal, el pequeño jardín, dos mesones y un hotel, unida por terracería a la carretera Guadalajara-Barra de Navidad con entronque un poco más delante de La Resolana, pasando por Lo Arado; por aquellos años una corrida unía La Villa con Guadalajara, llegaba por la tarde y salía por la mañana; en caso necesario el *raite* o aventón era la única forma de salir y así salimos algunas veces.

Al parecer nada nos preocupaba, la compañía nos alentaba, el campo estaba húmedo por las lluvias recientes, el verde de las plantas en todo su esplendor nos estimulaba, no importaba que el camino estuviera convertido en un lodazal y que nuestro calzado no fuera el más apropiado; el olor a podrido en los túneles que los grandes árboles formaban en los arroyos no bastaba para desalentarnos, tampoco las dificultades de paso en los zanjones nos quitó el ánimo; por la tarde la lluvia no se hizo esperar, caminamos y caminamos contentos, ya otro día llegaría el cansancio, por ahora todo era novedad y diversión.

Los caminos de herradura fueron una novedad para mí, los zanjones por donde pasábamos me asombraban, ¿qué tan viejo sería el camino para que los cortes en las lomas se hubieran marcado así? Los cauces de los arroyos cubiertos de vegetación llamaban mi atención, grandes árboles nos cubrían al pasar, el silencio sobrecogía, adentro era como estar en un templo, el olor a podrido de las hojas llenaba el ambiente, no era molesto, la exuberancia de plantas parásitas y las estranguladoras que poco a poco mataban al árbol soporte, todo eso era nuevo además de los sombreros de los viajeros, anchos y con remates de piel, las soguillas, las sillas de montar, las espuelas, los machetes y desde luego las pistolas.

El río de la Eca me impresionó con su caudal rojizo y sus pozas profundas, las grandes rocas en su cauce, las bestias pasaron sin novedad y nosotros también, luego seguimos zigzagueando para una y otra orilla en varias ocasiones hasta que por fin llegamos al puerto de Los Espinos, la bajada,

aunque difícil, no nos desalentó, tampoco perdimos la sonrisa, cansados, mojados y con hambre seguimos caminando.

Los puertos también fueron novedad, yo sólo sabía lo que había aprendido en la escuela, que eran poblaciones a la orilla del mar donde llegaban los barcos cargados de mercancías o pasajeros, que había puertos de altura y de cabotaje, puertos nacionales e internacionales como Amsterdam, Nueva York y Shangai, pero ¿puertos en la sierra? ¿Quién había oído hablar de ellos? Cosas de gente ignorante. Con el tiempo aprendí que también hay puertos tierra adentro y en La Villa conocí dos: el puerto de Las piedras de Amolar antes de llegar a La Eca y El puerto de los Espinos, señalan el punto más alto en el camino antes de llegar a una población, así que tengo que reconocer que el ignorante era yo.

Ya para llegar a nuestro primer destino la lluvia no cesaba y por tanto los arroyos bajaban cada vez más cargados de agua, en el último no pudimos pasar y nos resignamos a esperar hasta que bajara el caudal. Ya de noche llegamos por fin a la primera parada del camino.

Esa primera noche la pasamos en Los Espinos de Carreón, primera asignación de José Luis, la emoción de la llegada, los comentarios sobre la marcha y los incidentes del camino nos mantuvieron despiertos buena parte de la noche que pasamos en la casa del maestro, dormimos plenamente y despertamos dispuestos a continuar el camino, ya no seguiríamos juntos, iba yo hacia El Alcíhuatl y Andrés y Quimichi hacia Pabelo, sólo nos veríamos en otras dos ocasiones cuando por motivos del trabajo coincidimos en la Villa y en Autlán, juntos nos formamos pero cada quien siguió su propio destino.

Esta primera experiencia profesional afirmó mi vocación docente y la gente de El Alcíhuatl con su peculiar forma de ser y convivir, contribuyó para que hoy, muchos años después, estas anécdotas, registradas como pasatiempo, me permitan recrear una de las etapas más significativas de mi vida profesional.

(En *El Alcibuatl*, SNTE 2016, pp.7-10)

*Azucena
Rodana*



Azucena Rodana

Biografía. (Azucena Rodríguez Anaya, Ciudad Guzmán, 1975). Licenciada en Letras Hispánicas (CUSur), bibliotecaria de vocación (Biblioteca Hugo Gutiérrez Vega), mediadora de lectura (Secretaría de Cultura Jalisco) y egresada de la Maestría en Literacidad (2020).

Género: Narrativa

Obra premiada: Borghild project, (Premio Refugio Barragán de Toscano 2015).

El lobo feroz

Azucena Rodana

Cada abuela enferma siempre es un lobo.

Ítalo Calvino

He vivido toda mi vida al lado de un lobo, soy el nieto no deseado de una abuela sexófora. Catalina la enorme, así la apodan, ha probado cada hoja, cada pistilo y tallo que se yergue por las calles y tugurios de este lugar. He conocido su aullido resplandeciente en la acción devoradora del cuerpo, y he visto una que otra vez la ternura de sus ojos, cuando besa el retrato viejo de su primogénito.

Ella me tiene pasmado en este lugar ajeno al sentimentalismo, en esta casa se maquina el sexo por dinero, el cuerpo se entrega a cambio de sustento, no hay cabida a la cursilería, ni siquiera entre parientes. Catalina, experta en oralidades, me ha mostrado con argumentos arreolinos que todo aquél que ejerza este oficio deberá comprometer el cuerpo y no la razón. Si no lo hace, habrá quedado como virgen en plena contemplación, añorando algo que no le pertenece. Por eso ella es autónoma, políglota y mercadóloga. En su labor altruista de dar placer a quien lo pague, deambula en este bosque repleto de leñadores, filosa como la línea de un hacha y es conocida como la abuela más complaciente de toda la comarca.

Catalina cuida sus bienes y a los hombres que entran en su vida, se impone la costosa penitencia de morir y darlo todo con cada uno de sus clientes. Los que han estado con ella, vuelven, siempre vuelven, se refugian como el nieto afligido que ha caído y le sangra la rodilla, ella con sus manos tibias llenas de arrugas los contiene entre las latitudes de su cuerpo, decrepito lleno de lugares nobles, de huecos en la boca como túneles del tiempo. Los alimenta con la libido inagotable de su personalidad amadora, no por ser una vieja es ceremoniosa y aburrida, sus contemporáneas la respetan y las más jóvenes la observan preguntándose si algún día serán como ella. Eres enorme mi Catalina, he oído que le dicen un par de piernas tras cruzar una puerta. Y ella da sentido a sus días con tan profundas palabras. Que a la vez le recuerdan su edad y la posición en que la tienen sus más solícitos amantes. Eres grande mi Catalina. Catalina catadora, probadora, probatura, catarsis

coralina, Catarina curcujoide, aviolus Catamía, Cata Catita, cata de falo, cata de vulva, cata de uva, cata de luna, cata de cuna.

Ella vuela, pero no se pierde en la estratósfera, regresa siempre para dilapidar sus sueños de madre viuda, como ella misma se nombra. ¿Sabías que no hay una palabra para describir mi pena? Si he enterrado un marido, soy viuda, si he enterrado a mis padres, soy huérfana, y ¿qué soy si he enterrado un hijo? Eres una abuela loba, le he dicho. Le aúllas a la luna con tus gemidos vanos, sin voz y sin eco. Y eres una carnívora que añora el refugio de un cuerpo. Sus ojos orbitales se agrandan, me miran con asombro queriéndome comer en un parpadeo. ¡Cállate chiquillo, no tienes ni el talón de Aquiles de tu padre! Porque era un hombre no un payaso, su perdición fue conocer a la puta de tu madre. Eres una niñita en un cuerpo equivocado, que estará buscando un falo eternamente, sin poderle dar una concha que lo albergue. El calor de una concha es, según mi abuela, la mejor mercancía que una mujer le puede vender a un hombre.

Es feroz la vieja, cuando insulta no se mide, y se le agranda la boca que parece fiera en pleno bostezo aletargado, cansada de lanzar proclamas autoritarias va perdiendo fuerza, se inclina y las veredas de su cara pareciera que convergen todas en dirección a su vientre y ahí es cuando me doblo entre sus piernas para decirle, ¡ay mi vieja! si yo te quiero tanto, soy tu nieta nieto loca, eres la más sutil de las sexómanas, y yo el más fiel de los eunucos en tu paraíso vúlvarico. Yo seré tu caperuza eterna y te arroparé con mis brazos para que duermas tranquila, te alimentaré cuando ya no puedas llevarte alimento a la boca, derramaré mieles sobre tu pecho para que recuerdes la humedad de tus hombres y te abrazaré con mis palabras contándote cuentos de cuna. Primero corto mi carne con un cuchillo de cocina, las putas como yo deben morir en el acto, agotando el suspiro entre cada jadeo, conteniendo el esfuerzo en cada movimiento, alentando el respiro, exhalando deseo, en sudoroso chispeo, en aullido flameante, en éxtasis fulgurante que ilumine otra vez, la sien hermosa de algún jovenzuelo.

(Inédito)

*Hiram
Ruvalcaba*
✂



Hiram Ruvalcaba

Biografía. (Ciudad Guzmán, Jalisco, 1988), es Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara e Ingeniero Ambiental por el Instituto Tecnológico de Ciudad Guzmán, además de Maestro en estudios de Asia y África por El Colegio de México. Cursa el Doctorado en Humanidades. Ha sido becario del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico en Jalisco, en la categoría Jóvenes Creadores, en 2006 y 2018. En 2016 fue ganador del Premio Nacional de Narrativa Mariano Azuela con “Me negarás tres veces”; en 2018 ganó el Premio Nacional de Cuento Joven Comala con “La noche sin nombre” y en 2020 obtuvo el Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay por “Los niños del agua” y el Premio Nacional de Cuento José Alvarado por “Padres sin hijos”.

Género. Narrativa

Obra Publicada. *El espectador* (Puertabierta, 2013); *Me negarás tres veces* (Puertabierta, 2017); *La noche sin nombre* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2018).

Mosaico de un día sin pájaros

Hiram Ruvalcaba

22 de abril de 1992, en el corazón de la mañana. Una parvada de pájaros atraviesa el cielo sin nubes. Hay poco viento recorriendo las calles, agrietadas por el rumor de los autos. La temperatura oscila entre los veinte y los veinticinco grados. En un par de horas llegará a los treinta y tres. En estos días, el calor ha sido la mayor queja de quienes transitan el Sector Reforma, iluminado a los cuatro vientos por el rencor del sol. O no. Desde hace un par de días la mayor queja no es el calor, sino el insoportable aroma a gasolina que se ha alojado en todas partes, y que ha hecho que muchas familias abandonen sus hogares para buscar refugio.

Es periodo vacacional; sin embargo, hay mucho bullicio en la zona sur de la ciudad: allá están los barrios populares, detrás de la suerte de Muro de Berlín que es la Calzada Independencia. Miles de personas circulan por los negocios formando la amplia red de comercio local, regional y hasta nacional que empieza en las zonas aledañas. Hay una alcantarilla sin tapadera en algún punto de la 20 de noviembre, pero nadie la nota. Algunos dueños, muy pocos, han decidido cerrar su negocio y retirarse por el día, debido al mal olor. En un puesto de comida, una familia ha notado que no hay perros callejeros en los alrededores. Y los pocos perros que están en el área ladran o se pasean dentro de sus cocheras y tejados, visiblemente nerviosos. En la ferretería de Juan, alguien discute porque compró un taladro defectuoso.

—Pues por eso hay que revisar la mercancía, Martín. ¿Cómo voy a saber si no lo rompiste tú?

Las calles aledañas a Gante y 20 de noviembre han sido cerradas al tránsito. Los niños aprovechan el nulo flujo vehicular y juegan a la roña corriendo en el asfalto, disfrutan sus últimos días de vacaciones. Afuera de una tienda de abarrotes, dos señoras recuerdan que hace aproximadamente mil novecientos noventa y dos años —según el calendario gregoriano— un grupo de judíos condenaba a muerte al Hijo de Dios. Un par de casas a su derecha, tres hombres hablan sobre la pestilencia que no se ha ido desde hace más de una semana. Las autoridades han hablado en días recientes de evacuar la zona. Pero ni la televisión ni los periódicos dan información concreta de lo que está a punto de pasar. A dos cuadras de donde ellos se encuentran, los

vecinos de Gante observan con recelo a un grupo de bomberos que ha acudido a las inmediaciones para vigilar las coladeras.

Quince minutos después la tapa de una alcantarilla sale volando y cae en el techo de una casa. Una columna de pestilencia empieza a propagarse por la calle como las plagas en los libros sagrados. Uno de los transeúntes se percata de este extraño evento. Camina con paso receloso acercándose al lugar. Maldice. La peste es demasiada. La concentración de gas peligrosamente alta. Bastará una chispa: un hombre fumando un cigarrillo, un soldador, una estufa calentando los frijoles, o la simple estática de la ropa. Cuando está cerca, el hombre escucha un silencio anormal, como si la Tierra estuviera conteniendo la respiración. Entenderá de inmediato lo que está a punto de desatarse.

No le dará tiempo a reaccionar.

Diez segundos. La primera explosión ha matado a veinte personas de manera instantánea y en el transcurso del día matará a otras quince. La gente sale de inmediato de sus casas y negocios para ver lo que ocurre, pero a su alrededor no hay nada más que polvo. Los gritos de una mujer se ciñen de los ladrillos quebrados. Llama a su marido que hasta hace unos segundos estaba atravesando la calle, ahora es imposible verlo. Un par de niños con el rostro enterregado y ligeras manchas de sangre emergen de la nube de polvo llamando a su mamá. Son hermanos. Viven a unas cuadras del lugar y en ese momento no lo saben, pero en menos de veinte minutos su casa quedará sepultada por otra explosión y ambos quedarán huérfanos.

Una niña que viaja en coche se asoma por la ventanilla cuando escucha la segunda explosión. Mira al frente: un autobús que circula por Gante a toda velocidad les cierra el paso y hace que se paren en seco. Un segundo después verá cómo la tercera explosión alza el camión a más de cinco metros. Viajaban veintisiete personas en el autobús. Sólo sobrevivirán tres. La niña recordará toda su vida aquel segundo en que coqueteó con la muerte.

Seis minutos. Sesenta y dos muertos. Cuando el polvo se asienta, la mujer que buscaba a su marido lo encuentra recostado en medio de una zanja con varios metros de profundidad. Su cuerpo está atravesado por una varilla de acero de procedencia desconocida. Todavía está con vida. Consciente. Le pide que lo ayude a levantarse, pero el metal está doblado y será imposible para ellos solos. La mujer pide ayuda a gritos, pero la gente está

confundida. Aterrorizada. La tierra, el miedo a una nueva explosión, y aquel espantoso aroma a gasolina está en todas partes y no les permite moverse, mucho menos acercarse. Tendrá que esperar todavía veinte minutos hasta que llegue alguien a darles auxilio. Durante todo este tiempo hablará con su marido que se desangra, para mantenerlo consciente. El hombre sobrevivirá.

A unas cuerdas de distancia, en un edificio de la Secretaría de Salud, un grupo de médicos siente cimbrarse el piso. Creen que está temblando: la memoria del último gran sismo en México todavía es reciente. Las heridas están frescas. Cuando les digan lo que en verdad pasa no podrán creerlo.

—¡Está explotando Guadalajara!

Gritará uno de los guardias del edificio. “¡Necesitan voluntarios!”. Bajarán todavía incrédulos de lo que sucede, hasta que al llegar a la planta baja escucharán una cuarta detonación, seguida por una serpiente de humo que se extiende por varios kilómetros. Entonces comprenderán que es verdad: Guadalajara está explotando.

(Inédito)

*J.L.
Salazar
&*



J.L. Salazar

Biografía. (Zapotlán el Grande, Jalisco, 1990). Estudió Ingeniería en Gestión Empresarial en el Instituto Tecnológico de Ciudad Guzmán. Ha participado en talleres de formación en la Casa Taller Literario Juan José Arreola y en diversos diplomados de creación literaria. Coautor de *Charlas de Café IV* (Proyección Literaria, 2019).

Género. Narrativa

Obra publicada. *Letanías de amor y muerte* (Amazon, 2017); *Mortusermo. El juego de los espíritus* (Amazon, 2018).

Mentes obce cadas

J.L Salazar

Mentes obce cadas,
la tuya y la mía,
las que jugaron amarse,
cuando imperaba la muerte.
Desafiamos destinos,
por lo ilícito de lo tuyo y lo mío
profanando nuestros cuerpos,
con caricias inertes.

Fuimos devotos de la lujuria,
aficionados de la fornicación,
cuando nos convertíamos en
una vil homogeneidad,
derramándonos en abundancia,
entre sicalípticos gemidos.

Nos creímos todo,
cuando no éramos nada,
sólo simples animales, revolcándose
en las obscenas secreciones
de su propia humanidad.
Y así nos encontramos,
trece meses, cada jueves,
sesenta horas en total,
como cuerpos undívagos,
nadando en la vileza de nuestra falsedad.

Creímos querernos,
cuando sólo era un algente deseo,
creímos ser plenos,
cuando sólo éramos infieles.
Y allí están ellos,

nuestros verdaderos amores,
víctimas de nuestro desazón;
mujer, hombre, y tres hijos,
descendiendo en las tumbas,
tras descubrirse nuestro idilio mortal.

Mentes obcecadas,
la tuya y la mía,
más la mía que la tuya,
que estoy al borde
de mi último suspiro,
a un ínfimo paso
de mi impostergable final.

(Inédito)

*Érika
Sánchez Benavides*
✂



Érika Sánchez Benavides

Biografía. (Ciudad Guzmán, Jalisco, 1972) es miembro activo del grupo cultural Arquitrabe de Zapotlán desde 1989. Ganadora de diversos concursos de poesía, declamación y lectura en voz alta. Textos suyos aparecen en *Ilustre Arreola* (SC-Gobierno de Jalisco, 2015) y en la muestra de letras zapotlenses *Cartulario* (Puertabierta, 2018). Es Ingeniero en Electrónica por el Instituto Tecnológico de Cd. Guzmán. Actualmente trabaja como diseñadora de microprocesadores en Intel, en la ciudad de Guadalajara.

Género. Poesía y narrativa

Obra publicada. *Cristal adentro* (Edición de autor, 2001).

...Y no nos dejes caer

Érika Sánchez Benavides

No ha dormido. En vano espera mirando hacia la puerta. Él no regresará pronto. Se levanta. Cenará como siempre, sola. No se le antoja nada más que cereal y nueces. Al pasar por la sala, el retrato de él, sonriente.

Regresa a su puesto de vigilancia. Escucha música. Quiere olvidar los mensajes leídos y no sabe si va a valer la pena quedarse allí a reclamarle. Tantas noches así ya no son celos; es rabia. Cansada de pensar, se recuesta un poco. ¿En qué página me había quedado? ¡Seguro está otra vez con otras! ¡Con ganas de hacerle lo mismo! Al subir la mirada, ve a un hombre de blanco, guapo, como de otra época, con sombrero, parado en su ventana. El aire frío en la espalda, el aullido de un perro, la neblina que invade de repente todo, no la hacen sospechar. Ven, ven, insistente la llama. Es tu oportunidad. A punto está de incorporarse. Se irá con el extraño.

En otra habitación hay un niño que llora. Alma abre los ojos. Mira a la puerta. Aún quiere venganza.

(Inédito)

*Martin Adalberto
Sánchez Huerta*



Martín Adalberto Sánchez Huerta

Biografía. (Tecalitlán, Jalisco, 1964). Es Licenciado en Español y Maestro en Pedagogía. Ganador de los Juegos Florales de Zapotlan, el Grande (2001), del Concurso de cuento para maestros FIL (1991) y del segundo concurso de cuento “Si las paredes hablaran” en San Gabriel Jalisco (2008), así como del Encuentro Estatal de Valores de la Secretaría de Educación Jalisco (2015), en el área de cuento. Es coautor de: *Yo señores soy de Jaliscoliman* y *La pulida superficie del silencio*, publicados en 2018.

Género. Narrativa

Obra publicada. *Territorios* (Gobierno Municipal de Ciudad Guzmán, 2011).

De un adiós para Ramona

Martín Adalberto Sánchez Huerta

No pude saber tu historia más allá de mi existencia.

No pude, Ramona.

El humo de la ciudad acuchillaba tus lágrimas,
te hacía pequeña el charco de la pobreza y la cruel desolación de tus noches
sola.

No pude entender la frágil ternura,
el amargo aroma triste de tus íntimos temores.

Fui niño para tus juegos, blanca sal para tus labios.

Nuestro pequeño universo terminaba en tus caricias,
en la miel de tus palabras

y sin embargo no supe, no pude contar tu historia.

Guardé de tu vientre una memoria inasible para la razón humana.

No pueden mis labios,
ahora que nos amarga la soledad de la muerte,
escribir el corazón que palpita en lo que fuiste
ni pronunciar la ternura de las letras que te nombran.

No pude contar tu vida, ni escupir todo el dolor
que en los pliegues de la carne nos enterró el olvido.

No pude, no puedo.

Oscura señora cirrosis,
yo te maldigo.

Cáncer putrefacto,
desde el origen de tu raíz
yo te odio.

Y declaro mi guerra en este desierto
páramo indigno de plegarias.

Maldigo el cuenco lleno de sangre
que son mis ojos.

Peces de llanto brotan de mi espejo roto
y humedecen mi cama.

Señora cirrosis, señora muerte
las maldigo:
yo
las
maldigo.

*Mi nombre es Dolores,
María, Ramona, Félix, Irma,
Lupita, Antonia.
Algo de su sangre llevé en la desdicha
o en el largo trajinar de una vida sin historia.
Ya sembré mis árboles,
escuché latir en el vientre
el corazón de mis hijos.
Desaté las luciérnagas que soñé de niña
y acompañé a mi madre
hasta la última palabra de sus labios.
Se nos vuelve carne la tierra,
sed las plumas de la garganta.
Déjenme regar mis flores,
decirme adiós sin un testigo.
Déjenme hundirme en este charco de silencio
que ustedes llaman agonía.*

(Inédito)

*Lizeth
Sevilla*



Lizeth Sevilla

Biografía. (Zapotlán el Grande, Jalisco, 1986). Licenciada en Psicología por la Universidad de Guadalajara, Maestra en Ciencias del Comportamiento con Orientación en Alimentación y Nutrición por el Centro de Investigaciones en Comportamiento Alimentario y Nutrición de la misma casa de estudios. Trabaja en el Centro de Investigaciones en Territorio y Ruralidad de la Universidad de Guadalajara. Fue columnista del semanario *El Juglar* donde tuvo su columna “La Ciudad de los Locos”. Formó parte del consejo editorial de la *Gaceta del Centro Universitario del Sur*, de la Universidad de Guadalajara. En 2012 tuvo el primer lugar en los Juegos Florales de Zapotlán el Grande con el poema Nahui.

Género. Poesía y narrativa

Obra publicada. *Crónicas Pasajeras* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande 2006); *Monólogo de una mujer desnuda* (Archivo Histórico de Zapotlán el Grande 2010); *Lamentos de Altamar* (Puertabierta Editores, 2014); *Aviario* (Ediciones El viaje, 2019).

Liberen a las aves

Lizeth Sevilla

A ningún ave que usa el viento para despertar
a quienes han caído en letargo
debe prohibírsele el cielo

No debe prohibirse ver las estrellas
a quienes han condenado injustamente como a la mujer de Lot
por querer recobrar fragmentos de memoria
para no repetir los horrores en nuevas tierras

No debe ponerse sobre cuatro paredes
a un cenxontle
por saber cantar el dialecto de todas las aves
de esta tierra que se pudre en misoginia

Sea de viento
sea de agua
sea de tierra el nahual que habita
el espíritu mancillado de quien lucha
no habrá jaulas que quebranten su esperanza

Sean sombras
sean nubes negras
silentes agachando la cabeza
ciegos de firmamentos y de gente con hambre
los que renuncian a la palabra
y se vuelven proxenetas
de quienes ejercen la voluntad del canto
no debe prohibirse el eco
que forma el movimiento
de una parvada de estorninos

Sobre qué suelos construye el opresor
las raíces de los suyos
sobre qué cuerpos
sobre qué alas coloridas esparcidas
en el pavimento que no produce granos

Liberen a las aves
a las presas políticas
que han revoloteado por la dignidad
de un pueblo que olvida.

(de *Aviario*, Ediciones El viaje, 2019, pp. 25-26)

*Ricardo
Sigala*



Ricardo Sigala

Biografía. (Guadalajara, Jalisco, 1969), estudió la Maestría en Literaturas del Siglo XX en la Universidad de Guadalajara y la Licenciatura en Letras Hispánicas por la misma institución. Formó parte del consejo editorial de las revistas *Luvina* y *Reverso*; fue director de *La gaceta* del CUSur, y conduce el programa de radio Cumbres de Babel. Letras del Mundo en Radio Universidad de Guadalajara Zapotlán el Grande. Ha coordinado talleres literarios en diversas instituciones, entre los que destaca el de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán, desde 1995. Es profesor de la Licenciatura en Letras Hispánicas del CUSur, de la que fue fundador y primer coordinador.

Género. Poesía

Obra publicada. *Periplos. Notas para un cuaderno de viajes* (Ediciones del Plenilunio, 1994; Ediciones Arlequín, 2012); *Paratplos* (Ediciones Arlequín, 2001, 2007, 2013); *Letra sur. Ejercicios de periodismo cultural* (PorrúaPrint, 2016); *Domar quimeras* (Universidad de Guadalajara/CULagos, 2018); *Extraño oficio* (Ediciones Arlequín, 2018); *La cristalina superficie del silencio. Muestra de los Juegos florales de Zapotlán el Grande* (Ayuntamiento de Zapotlán el Grande/Ediciones Arlequín, 2018).

Mitologías 1

Ricardo Sigala

Algunos marinos aseguraban haber visto en medio de la mar a dos seres hacer el amor en la cresta de las olas, otros decían que era una sola criatura mitad delfín, mitad gaviota. Combinaciones similares abundan en las antiguas historias y mitologías, pero lo que hace particular esta historia es que la criatura amorosa se asimilaba al abrazo eterno, poseía dos espaldas. Nunca nadie pudo ver el frente del animal. Todas las noches los marinos hablan del monstruo de las dos espaldas, toman otra botella de vino, se sienten muy solos.

(En *Periplos. Notas para un cuaderno de viajes*, Ediciones Arlequín, 2012, p. 21)

Tríptico del cuerpo

I

Amanece tu paraíso abierto
y bebo de tu herida,

del pequeño abismo de luz movediza que emana de tu cuerpo.

Amanece como si en cada mano pudiera llevar la memoria de tu piel,
tu voz frutal;
como la entrega a la agonía o al vendaval de lo sentido.

Amanece.

Recurro a la tentación de todas mis voces
para darte el mejor de mis silencios
y descubrir, al fin, mi voz saliendo de tu boca.

Te eriges como puerta a una ciudad inaccesible,
a algo triste que ilumina.

Entonces camino sobre tus aguas, tomo de tu pan, bebo tu vino,
y alojado en tus misterios, me baño en tus desnudos arroyos.

Al día le han brotado alas,
de nuestros cuerpos nace la mañana.

II

Andan tus pies decorando con sus huellas la arena,
andan tus párpados agitados por la inusitada magia que pueblan tus pestañas,
alzado anda el discreto milagro de tus pechos,
tu grandilocuencia fundada en silencios,
en tu profunda mirada abisal.

Anda tu recuerdo aferrado a esta brisa,
a todo lo que en la piel es memoria.

III

El mundo es un remanso frágil
si me resguardo en tu mirada de arena,
viento y agua evanescentes.

Vengo al misterio de tus aguas,
al vaivén sin prisa en que me dejo naufragar,
a ese susurro acuoso de niña lastimada.

Vago errante
en la caída libre
hacia tus aguas.

(En *Domar quimeras*, Universidad de Guadalajara/Centro Universitario
de los Lagos, 2018, pp.13-14)

*J. A.
Vázquez*



J.A. Vázquez

Biografía. (José Álvaro Vázquez Barragán; Ciudad Guzmán, Jalisco, 1992).

Es Licenciado en Agronegocios por la Universidad de Guadalajara.

Género. Narrativa

Obra publicada. *Azrátem el Asesino de Asesinos* (QM Editorial, 2014); *Azrátem la Guerra de los Asesinos* (QM-Editorial, 2017).

La Siguanaba

J.A. Vázquez

Héctor ponía el seguro a su auto, mientras tomaba el último sorbo a su termo de café. Su rutina de todos los días, al llegar a la clínica forense de Tuxtla Gutiérrez, donde trabajaba en el área de tecnología. Al llegar, se le informó que ya tenía un trabajo urgente. Se reportó el cuerpo sin vida de un extranjero en la selva Lacandona. En las pertenencias de este, había documentos y pasaportes que lo identificaban como Adam Frankhauser, suizo de 25 años. Había entre los materiales de su campamento, un celular, una laptop, baterías, y una cámara de vídeo sujeta a un casco, que llevaba el suizo puesto.

Se le dio la orden a Héctor de investigar acerca del occiso, y de revisar en las grabaciones de la cámara si este había grabado algo, quizás lo que fue la causa de su muerte. Haciendo su trabajo, descubrió que Frankhauser es hijo de una familia adinerada, un influencer dueño de un blog y canal de vídeos donde publica fotos y experiencias de sus viajes por el mundo. Había viajado a Canadá, Rusia, África, India, China, siempre solo, con únicamente la compañía de su mochila, su cámara y equipo de campamento. En sus redes sociales se ve muy cuerdo, muy sano, se entrenaba física y mentalmente para estos viajes. Según la investigación, había llegado a México hace tan solo 3 días, con el objetivo de explorar y acampar en la bella selva lacandona.

Frankhauser había contratado un taxi para que lo llevara a un poblado apartado a las entradas de la selva. El suizo iba documentando cada segundo de su viaje con su fiel cámara. En el vídeo, se ve como la gente lo miraba consternada. Se acercó a algunas personas queriendo pedir indicaciones sobre la selva, qué hacer, qué no hacer, o a dónde no ir. Él mismo decía que no quería toparse con un jaguar. Nadie le hacía caso, lo evitaban, intentó pagarles, pero ningún pueblerino le interesaba su dinero. Hasta que una mujer anciana, finalmente se le acercó, le sugirió que mejor se fuera, que no entrase en la selva, menos solo. La mujer le dijo claramente, que ahí habita un fantasma, y que, dicho, se ha cobrado la vida de muchos hombres, como a su padre hace años cuando ella era solo una niña.

A Frankhauser esto lejos de asustarlo lo emociona, ya le habían contado historias de fantasmas en sus viajes. No se había topado con nada, y esto no

tenía por qué ser diferente, por el contrario, lo motivaba a ir y ver si podía grabar algo. Ignorando las advertencias de la mujer que trató y trató de detenerlo, este se adentró en la selva. Kilómetros adentro, encontró una formación rocosa que le gustó para fungir de rompevientos a su campamento. Montó la tienda, y buscó fuentes de agua, dando con un cenote con agua dulce, muy pura, perfecta para reabastecerse y cocinar. Cuando llenaba su botella, escuchó una risa, una de mujer, coqueta y medio distante. Miró a todos lados, no vio nada, así que se regresó al campamento.

A la noche, el suizo estaba grabándose así mismo sentado junto a su fogata esperando que hirviera el agua. Se jactaba de lo limpio del aire, de lo viva de la selva con el ruido de aves, monos, el aire mismo. Pero, al darse las 10 en punto... Frankhauser se quedó muy callado, porque todo el ambiente vivo del que hablaba, se apagó en ese preciso momento. Sin viento, sin aves, sin insectos... nada. Luego, en la asfixiante quietud, esta es destruida por un precioso canto, una melodía hermosa como Frankhauser jamás había oído, una voz digna de un ángel. Tomando la cámara, y cautivado por la melodía, la siguió justo hacia el cenote donde había tomado agua. La luna dejaba caer su luz con delicadeza, sobre la bella criatura que se bañaba en esas aguas. Una mujer de espaldas, con atributos celestiales, muy, muy hermosa, su piel color miel sin un milímetro de imperfección. Su cabello largo de color negro brillante, sus curvas, sus proporciones tan perfectas, tan extraordinarias. Las gotas de agua que resbalaban por su cuerpo eran poesía pura. El suizo reconoció que jamás en su vida había visto semejante belleza antes.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —El canto se detuvo, pues la mujer escuchó al suizo hablar en los arbustos, hundiéndose en el agua hasta el pecho. Extrañamente, ella no se dio la vuelta para ver quien estaba ahí. Cualquiera otro hubiese corrido, pero Frankhauser estaba tan cautivado por la bella mujer, que salió de entre la maleza, alzando las manos dispuesto a hablar con ella.

—¡Perdón!... perdón no quise asustarte, mil disculpas.

—¿Quién eres?... ¿Por qué me espiabas? —Preguntó la mujer muy temerosa.

—Me llamo Adam Frankhauser, mi campamento está cercas de aquí, tu canto me trajo.

—¿Adam?... ¡Es un nombre precioso!, jamás lo había escuchado... ¿Qué haces aquí?

–Yo... nada, estoy de vacaciones... quise explorar esta selva, y escuché tu canto... en verdad es lo más hermoso que he oído en mi vida. –El suizo nota como la mujer se abraza a si misma y empieza a gimotear. –¿Q... ¿Qué tienes? ¿es algo que dije?

–Eres el primero que habla conmigo en mucho tiempo, y que me dice que le gustó mi canción... todos los demás son malos... todos me odian... me tienen miedo.

–¿Por qué tendrían miedo de un ángel tan hermoso como tú?

–¿Cr... crees... ¿Crees que soy hermosa? –Frankhauser se acercó al borde del cenote.

–¡Claro que lo creo!, uno tendría que ser ciego o idiota para no creerlo... ¿Por qué no volteas y me dejas verte mejor?

–¿Qu... ¿Quieres ver mi rostro?... ¿de verdad? –La mujer sonó feliz, animada, ilusionada.

–¡Si! Estoy tan seguro de que le hace justicia a la belleza de tu cuerpo.

–Está bien... –La mujer empezó a darse la vuelta, con suma lentitud, pero conforme lo hacía, el suizo sintió un pánico creciente, y como la sangre dentro de él se congelaba. Esa mujer, mientras su cuerpo era humano, su cara era la de un caballo sin labios, con los dientes expuestos y cuencas de ojos vacías. –Dime... Adam Frankhauser ¿todavía crees que soy hermosa?

Algo pasa con el vídeo, la mujer desaparece, y la cámara queda grabando al cenote por horas y horas hasta que se le va la batería. Héctor se tumba de espaldas en la silla, incapaz de creer lo que acababa de ver.

–Héctor ¿crees que soy hermosa?

(Inédito, basado en el mito de la Siguanaba)

Oscar
Villalvazo Chávez



Óscar Villalvazo Chávez

Biografía. (Ciudad Guzmán, Jalisco, 1965), estudió en la Escuela Superior de Educación Física. Trabajó como Profesor de Educación Física en la Secundaria # 4 del Zapote, Municipio de Tlajomulco y en Guadalajara en el Colegio Medrano Cuitláhuac. Labora en la escuela Melchor Ocampo y José Clemente Orozco de la ciudad de Sayula. Ha participado con el colectivo Media Luna y Qvatro de Sayula; así como con el grupo Arquitrabe de Ciudad Guzmán. En 2009 participó con un cuento en el libro *Confabulados* que surgió del taller literario de la Casa Juan José Arreola de Ciudad Guzmán. Participó en el libro *Palabras a Destiempo* (El viaje, 2015).

Género. Narrativa

Obra publicada. *La Vida es Puro Cuento* (El viaje, 2009).

El reto

Óscar Villalvazo Chávez

“Quedamos de vernos mañana para jugar a la Ouija, pero...”

El Chilango se puso chinito, cuando después de las risotadas, el flaco retó al grupo que si de veras eran muy machos fueran al camposanto a las doce de la noche. Al chimbo no le agradó tanto la idea, pero tampoco le zacatió; de hecho sugirió agarrarnos a putazos entre todos y el que aguante más gana.

– ¡Joder!... ya te fuiste por otro lado, pa' putazos aítán los que se sientan en la esquina del portal.

– ¿tienen miedo weyes?...son once y media ¿que pedo?

Éramos cinco chavalos en total, de entre 15 y 16 años, bromeando y picando cresta de quién era el más gallo, el más macho, el Chilango era el mas callado, andaba medio ido, como si estuviera asustado, mudo, ni decía nada; somos primos hermanos, tiene poquito que se vino a vivir aquí, será cosa de un año, lástima que ni disfrutó a la abuela, ella se murió el mes pasado. El Luiyi Capullo nos seguía indeciso unos pasos atrás, la sensación era de súper héroes, como si fuésemos Santo y Blu Demon contra las momias, íbamos platicando de la llorona, el jinete sin cabeza, la catrina y demás aparecidos.

– ¿Supiste lo de los atropellados?

– ¡No!

– Pos la gente anda diciendo que estuvo muy feo, que nomás uno salió vivo y...

-- Nel wey, no quiero oír esos chismes, neta que me dan miedo, además ¿ya pa' que?..

– Pinche maricón

– No es eso wey, pero da güeva

– ¡Ja!... lo que te dio es futis ¿eda?

Al dar vuelta y mirar la carcomida y larguísima barda de adobe, como que medio dudamos, el que no dudó nadita fue mi primo el Chilango, ese si que ni adiós dijo, nomás dio media vuelta nos peló semejantes ojotes y se fue corriendo despavorido regresando sus pasos por donde había venido, nomás nos quedamos de a seis.

- ¿Qué? ¿Le seguimos?
- Como quieran
- ¡Pos le seguimos!

Algunos perros ladraron a lo lejos, la casita del velador no tenía luz, el viento frío de la noche calaba hasta los huesos, casi a la mitad del adobe había un hoyo, por ahí entramos, el miedo fue desapareciendo poco a poco, jamás me imaginé que en un cementerio se pudiera experimentar tanta paz y serenidad, el viento cesó, no había nada, no se escuchaba nada, ni siquiera los grillos cantaban, solo nuestras voces, rompiendo la monotonía del lugar, nos sentamos alrededor de una tumba y callamos, el silencio también aplasta y se vuelve ensordecedor, estábamos como en otro mundo pero a gusto, sentía buena vibra. No es como lo platica la gente, si hasta nos acostamos a ver la luna. Así se pasó el tiempo, así nos dieron más de las doce.

- ¿Ya nos vamos?
- ¡Como sea!
- Yo creo que ya ¿o no?
- Pos entonces ya pues...

Emprendimos el regreso y otra vez al hoyo, como si fuera el pase a otra dimensión, porque nomás salimos y los perros empezaron a ladrar como desquiciados y luego ese viento helado que hacía silbar a los pinos, un gato saltó por entre nosotros para cruzar la calle como alma que lleva el diablo y después meterse entre una enramada. Así nomás y sin ponernos de acuerdo, partimos carrera con los pelos erizados, era un hormigueo en la espalda que sube por la nuca y termina en la mera punta de los ya parados pelos, pa' mi que las ánimas malas estaban aquí afuera nomás esperándonos. Llegamos al centro casi sin aliento, ninguno quiso comentar nada, sería como evidenciarnos, así que nos despedimos y cada quien jaló pa' su casa. Ese día ni cené, entre callado y cabizbajo a casa para evitar la regañada por llegar tarde, parece que teníamos visitas y todavía no se iban, me fui al cuarto que siempre esta solo, donde se oyen caer guayabas en la noche pero no es nada, donde se oye platicar gente cuando todos estamos dormidos y hasta se puede oler el humo del cigarro y tampoco es nadie.

Me dormí rezando, rezando mucho y sin parar, una tras diotra. Ni me valió de nada. Dormiría unos cinco o diez minutos y luego-luego desperté todo intranquilo, pero lo raro es que no pude abrir los ojos, tomé conciencia

de donde estaba y como estaba, pero no me podía mover, quise sentarme y nada, quise gritar y nada, empecé a esforzarme y pujar por despertarme pero fue inútil, claramente me percate del sudor en la frente, pero no me pude mover deatiro nada de nada, entonces sentí un chiflonazo de aire bien helado exactamente encima de mí, que empezó desde los pies hasta la cabeza, pesado, muy pesado, alguien estaba en ese momento aplastándome, estaba aterrado, era como si un vertiginoso remolino me fuese llevando al vacío... a la nada, volví a intentar gritar, mi mamá cerraba la puerta del corral, oí sus pasos, pero yo con esa cosa encima de mí, hasta que terminó de pasar por la cabeza y entonces si me di el sentón, estaba bañado en sudor, el pulso disparado y prácticamente tragaba el aire agitadamente, sin embargo nuevamente no quise decirle a nadie. Sentí vergüenza por dejarme llevar por el miedo. No soy tan gallo como creía.

“Quedamos de vernos mañana para jugar a la Ouija, pero... creo que no voy a ir”

Voces, escuchaba voces, eran mis amigos, ¿acaso estaban afuera de mi casa? seguían con las mismas ropas, de seguro todavía no se iban a sus casas, algo alegaban, fui con ellos.

– “¡A callar esos pinches accidentados con su argüende!... nunca se dan cuenta de nada... y ya no lagan tanto de pedo, que de aquí no sale nadie hasta el día del juicio...”

– ¿Juicio?... ¿Cuál juicio? ¿Por qué estamos otra vez aquí adentro del pantión? ¿Y el Chilango?

– ¡No sé wey!... ¡es el único que falta!

(En *Palabras a destiempo*, Ediciones El viaje, pp.128-13)

*José Luis
Vivar*



José Luis Vivar

Biografía. (Veracruz, 1959). Reside en Ciudad Guzmán, Jalisco desde 1991. Es Cirujano Dentista (Universidad Veracruzana); obtuvo la Maestría en Metodología de la Enseñanza. Es Maestro de tiempo completo en el Centro Regional de Educación Normal (CREN). Ha sido columnista del *Diario El Volcán* de Ciudad Guzmán; y *Milenio Diario*, Jalisco. Se hizo merecedor al Premio Estatal de Novela Breve por *Dankard* (Secretaría de Cultura y Gobierno del Estado de Jalisco, 1999) y el Premio del Público a Mejor Guion Cinematográfico por *Desengaños* (Escuela de Cine y Video Contraluz, 2001). Es coautor de: *El Otro Paraíso de Adán* (Ayuntamiento de Ciudad Guzmán, 1996); *Ayer volvió a ser mañana* (Secretaría de Cultura Jalisco, 1996); *Confabulados* (Universidad de California, 2009); *Zapotlán Veinte/Diez* (Archivo Histórico Municipal de Zapotlán el Grande, 2010).

Género. Narrativa

Obra publicada. *Doncella del Palacio* (Archivo Histórico Municipal Zapotlán el Grande, 2005); *Lipstick tequila* (G&G Editores, 2006); *Niña traslúcida* (Archivo Histórico Municipal Zapotlán el Grande, 2009); *Barcos de lejana memoria* (La Casa del Mago, 2017).

Mario Puzo y Frank Sinatra

José Luis Vivar

¿Qué podrían tener en común dos hombres que se dedicaban a diferentes expresiones artísticas? Fuera de ser descendientes de italianos, nada. Uno era escritor de novelas, mientras que el otro, un exitoso cantante. Pero en los primeros meses de 1971, la vida los colocó frente a frente, aunque ese encuentro no resultó tan amistoso como se podría esperar.

Dos años antes la novela *El Padrino* se situaba en los primeros lugares de venta. Su autor era un sujeto gordo, de lentes, que fumaba habanos, gustaba de apostar, y estaba endeudadísimo. Para su buena suerte, la Paramount vio una mina de oro en esa obra, así que compró los derechos y lo contrató para que se encargara del guion cinematográfico.

Una de las subtramas de la novela habla de Johnny Fontane un cantante venido a menos que busca la ayuda de su padrino, Vito Corleone, porque quiere hacer una película, pero el productor no lo desea contratar. El capo, manda a Tom Hagen para que convenza al productor de contratar a Johnny. Como el tipo se niega, encuentran otra forma de hacerlo entrar en razón: ponen en su cama la cabeza de su caballo favorito valuado en 600 mil dólares. Un día después Johnny es contratado.

Este pasaje que es una anécdota más de la novela significó mucho para Sinatra. A principios de los cincuenta su carrera iba en picada; no cantaba bien y no ya no era tan popular. Al enterarse de que harían una película titulada *De Aquí a la Eternidad* (Fred Zinnemann, 1953), buscó por todos los medios conseguir el papel de Angelo Maggio, personaje que no era protagonista pero que parecía estar hecho a su medida.

El productor Harry Cohn lo rechazó: tenía en mente a Eli Wallach. Sin embargo, algo sucedió, porque el hombre de los ojos azules no solo consiguió el papel, sino que además ganó un Óscar. Dicho paralelismo entre la realidad y la ficción despertó rumores en Hollywood y el coraje del cantante.

Por eso aquel día, en el lujoso restaurante Chasen's cuando un amigo en común descubrió a La Voz en una mesa; se acercó para presentarle al autor de *El Padrino*. Nada más de escuchar Puzo, el semblante de Sinatra cambió. Murmuró que no iba a darle la mano a ese tipejo, y comenzó a insultarlo. El

escritor se sintió incómodo, pero cuando lo vio levantarse y con intenciones de golpearlo, huyó del lugar.

Cuentan que muchos años atrás, en sus inicios, Frank cantaba con la orquesta de Tommy Dorsey, y cuando empezó a tener éxito quiso romper el contrato, pero el director se negó. Un mafioso llamado Willie Moretti le ofreció 10 mil dólares, y tampoco quiso. Dicen que más tarde Dorsey aceptó un dólar simbólico porque mientras firmaba sentía el frío de un revólver sobre su sien.

La secuencia de Johnny Fontane quedó incluida en la película de *El Padrino*. Sinatra no hizo ninguna declaración. *El Padrino* se estrenó, Francis Ford Coppola ganó el reconocimiento, el éxito y realizó dos secuelas más de la familia Corleone. Y de Mario Puzzo casi nadie volvió a acordarse hasta que falleció, un 2 de julio de 1999, Fue un autor que sin conocer a ningún mafioso escribió una historia con lenguaje, códigos y ritos inventados, mismos que curiosamente los verdaderos mafiosos han sabido copiar.

(Publicado en diario *Milenio* el 27 de julio del 2020)

*Alejandro
von Düben*



Alejandro von Düben

Biografía. (Guadalajara, Jalisco, 1988), es licenciado en Letras Hispánicas por parte de la Universidad de Guadalajara. Ganó los Juegos Florales de Zapotlán 2014, el concurso de cuento Alfredo Velasco Cisneros 2015, Premio Nacional de Poesía Francisco González León 2015, Premio Internacional de Poesía Infantil FOEM 2017 y el Premio Nacional de Literatura para Niños y Niñas 2018 en poesía.

Género. Poesía y narrativa

Obra publicada. *Dar a luz* (Serpiente de papel, 2017); *Los poemas de la noche insomne* (Puertabierta, 2017); *20 poemas para construir una casa* (FOEM, 2018).

Fenomenología de un cuerpo

Alejandro von Dübén

En el espacio que soy
sólo hay un recuerdo que sucede.

En lugar de manos
tengo caricias a flor de piel.

Mis ojos son ventanas
que alguien desde el interior abre y cierra
para meter materiales del mundo
al hogar que hasta la muerte
se construye.

Mi boca es la probabilidad de la voz,
el verbo del deseo
y la certeza del hambre.

No soy un cuerpo,
sino textura que se hace a golpes de luz,
una forma que se llena de tiempo
para darle un sentido
al aire.

En el espacio que soy
sólo hay un recuerdo que sucede.

En lugar de manos
tengo caricias a flor de piel.

Mis ojos son ventanas
que alguien desde el interior abre y cierra
para meter materiales del mundo
al hogar que hasta la muerte
se construye.

Mi boca es la probabilidad de la voz,
el verbo del deseo
y la certeza del hambre.

No soy un cuerpo,
sino textura que se hace a golpes de luz,
una forma que se llena de tiempo
para darle un sentido
al aire.

(Inédito)



**Veintisiete escritores del Sur de Jalisco
una antología desde el confinamiento**

se terminó de imprimir

en enero de 2021

en los talleres gráficos

de Amateditorial, S.A. de C. V.

Prisciliano Sánchez 612, Colonia Centro

Guadalajara, Jalisco

Tel.: 36120751 / 36120068

amateditorial@gmail.com

www.amateditorial.com.mx

Edición al cuidado del autor



El objetivo central de este libro fue reunir al mayor número de autores de ficción en el sur de Jalisco, sin importar su lugar de nacimiento, sino su residencia. La pregunta que tratamos de responder en esta antología es una sola: ¿Cuáles escritores producen su obra en la región llamada Sur de Jalisco en el siglo XXI? Los criterios de pertenencia son tres: vivir en el sur, haber publicado por lo menos un libro de creación literaria y/o

contar con un premio literario. La antología es uno de los productos generados para el macroproyecto Enciclopedia de Escritores en Jalisco (2017-2023) de la investigadora Silvia Quezada. Tras la lectura, le corresponderá al lector responder a sus propias preguntas.

